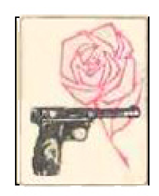


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El documento Andreiev

Tío Charlie le lleva a Brigitte a su cabaña del lago, presentándose en plan de urgencia en un helicóptero, una noticia pasmosa: «En la Costa Este de Estados Unidos se han concentrado, o mejor dicho, distribuido, más de trescientos agentes del espionaje soviético». Y además, añade tío Charlie, se están presentando con todo descaro, sin tener la pretensión (que por otro lado sería vana) de que la CIA no se entere de semejante «invasión». La pregunta es: ¿qué está ocurriendo, qué pretenden los rusos? Naturalmente, Brigitte se ocupa de enterarse de ello, y es lo siguiente: los rusos pretenden impedir que llegue a manos norteamericanas el «documento Andreiev», pues ello significaría ni más ni menos que el fin de Rusia.



Lou Carrigan

El documento Andreiev

Brigitte en acción - 344

ePub r1.1
Titivillus 12.11.2017

Lou Carrigan, 1983
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Brigitte recogía flores silvestres cerca de la orilla del lago, y Número Uno tocaba la armónica, sentado junto a un pinabeto, con la espalda apoyada en el tronco. De cuando en cuando, Brigitte miraba a Número Uno, y soltaba una risita.

Por lo demás, una infinita paz.

No había nadie en aquella parte de la orilla del lago donde hacía ya mucho tiempo tenía Brigitte Montfort su cabaña refugio para sus momentos de soledad en meditación…, o para momentos inolvidables en compañía del hombre que amaba. Cierto que la cabaña de Brigitte era bien diferente a la hermosa Villa Tartaruga que Número Uno tenía en Malta, cerca del mar, pero a ellos no les importaba eso lo más mínimo.

Si estaban juntos y en paz, tenían más que suficiente. No se podía vivir mejor, no se podía pedir más.

Una mañana de sol primaveral, una cabaña donde vivir su intimidad, un paisaje idílico, un amor constante e indestructible… Pedir más habría sido exigir demasiado a la vida.

Flores y música de armónica.

Hasta que, de pronto, Número Uno dejó de soplar en la armónica, miró a Brigitte, que había vuelto a reír, y frunció el ceño.

—¿Puedo saber de qué te estás riendo tanto? —refunfuñó.

—De tu música.

—¿De mi música? Bueno, ya sé que no soy precisamente un Paganini, pero tampoco lo hago tan mal.

Brigitte se acercó, puso un par de flores silvestres en los cabellos de Número Uno, y se arrodilló frente a él.

—Estás guapísimo —dijo.

—Valiente cosa. ¡Lo que me importa a mí eso!

—¿Qué es lo que te importa?

—En estos momentos, saber qué es lo que te causa risa de mi

música. Yo estaba bastante convencido de que lo hacía bien…, o al menos no demasiado mal.

—Lo haces muy bien —rió ella—, pero por mucho que te esfuerces no conseguirás impresionarme, después de haber escuchado la música de las estrellas…

Número Uno alzó ahora las cejas, y enseguida asintió.

—Lo que no te pase a ti en la vida, no le pasa a nadie, realmente —admitió.

—No me pasó en vida, sino en estado de muerte —recordó la bellísima Brigitte Montfort, alias «Baby», la más peligrosa… y encantadora espía del mundo.

—Ésa es otra cosa digna de ser tenida en cuenta… No conozco a nadie más que haya permanecido en estado de muerte. En cambio, tú has estado así por lo menos dos veces[1]. Sólo que la primera vez no escuchaste música de estrellas. ¿O sí?

—¡A buena hora se te ocurre preguntármelo, después de tantos años!

—No tantos. En realidad, si echas un vistazo hacia atrás te darás cuenta de que el tiempo ha perdido ya su significado, de que parece que todo haya ocurrido hace poco y al mismo tiempo, formando un recuerdo conjunto.

—¡Eres sorprendente! —rió de nuevo Brigitte—. ¿Qué estabas haciendo: tocando la armónica o filosofando?

—En realidad, lo que hacía con toda mi atención era mirarte a ti.

Brigitte se quedó mirándole fijamente. Número Uno le quitó de la mano las florecillas recién recogidas, y se las fue colocando entre los cabellos y sobre las orejitas. Cuando toda la cabeza de Brigitte estuvo llena de flores, Uno tomó el rostro entre sus manos, lo atrajo, y besó suavemente los labios sonrosados de la espía. Ella puso sus manos sobre las de él, y correspondió al beso, con la misma suavidad…, pero, como siempre, sintiendo latir fuertemente su corazón.

Y a los pocos segundos, algo más.

Algo que no estaba dentro de ella.

Un rumor que se iba acercando. Pero continuó recibiendo el beso de Número Uno, hasta que fue él quien dejó de acariciar sus labios, apartó su rostro, y murmuró:

—¿Lo has oído ya?

—Sí. Un helicóptero. Seguramente pasará de largo, sin que nos hayan visto aquí, bajo el árbol.

Pero, humana al fin, Brigitte Montfort se equivocó. El helicóptero apareció muy pronto, volando a baja altura, centelleando sobre las refulgentes aguas del lago. Y volaba directo hacia la zona donde estaba la cabaña de Brigitte, escondida entre los árboles.

—Ya te han descubierto los rusos —dijo Número Uno.

—¡O los chinos! —rió ella.

—Algún día eso se convertirá en realidad: aparecerán unos u otros, o quizá juntos, y te cortarán la cabeza.

—Con lo que no tendrías dónde ponerme flores.

Número Uno soltó un gruñido, se puso en pie, y fue hacia la cabaña, mientras Brigitte seguía mirando las evoluciones del helicóptero, cuyos ocupantes, evidentemente, tenían intenciones de tomar tierra allí mismo, muy cerca de donde estaba ella… Número Uno salió de la cabaña encajando en su pistola el cargador. Guardó el arma en un bolsillo del pantalón, pero sin soltarla, y se quedó mirando el helicóptero, que por fin tomaba tierra en terreno seco, pero muy cerca de la orilla del lago.

Él también se había equivocado. No había peligro alguno para la agente Baby. Lo supo en cuanto vio aparecer una cabeza acusadamente calva, que habría reconocido aunque Brigitte no hubiera exclamado:

—¡Tío Charlie! ¡Qué sorpresa!

Brigitte echó a correr hacia el helicóptero, del que saltaba Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA y por tanto jefe directísimo de la agente Baby. Tras Pitzer saltó otro hombre, que fue recibido también alegremente por Brigitte. Tan alegremente que lo besó en ambas mejillas después de haberlo hecho con Pitzer.

—¡Pero si está también aquí mi más querido Simón! —reía la espía—. ¡El Simón más perfumado de todos, porque vende flores…!

Simón-Floristería, ayudante de Pitzer, sonreía encantado de la vida, pero, enseguida, igual que su jefe, miró hacia Número Uno, que se acercaba lentamente, y su expresión varió, se tornó seria, expectante.

—¡Mira qué visita tan encantadora! —exclamó Brigitte—. ¡Nada

menos que los dos grandes cerebros de la CIA en el Sector de Nueva York!

—Buenos días, señor —murmuró Simón-Floristería, mirando con deferencia a Número Uno.

—¿Qué tal? —preguntó Pitzer, tendiéndole la mano—. Espero que todo esté bien por aquí, Número Uno.

—Lo estaba hasta ahora —dijo Uno, con voz sin matices mas no seca—… ¿Qué es lo que quieren?

—¡Pero mi amor, eso debería preguntarlo yo! —exclamó Brigitte; de pronto abrió mucho los ojos—. Bueno, a menos que vengan a visitarte a ti… Vamos a ver, tío Charlie: ¿a quién de los dos han venido a ver, al temible Número Uno o a la dulce Baby?

—A la dulce Baby —sonrió Simón de oreja a oreja; pero captó la súbita expresión hosca de Número Uno, y quedó serio.

—¿Lo ves? —Se volvió Brigitte hacia Uno—. ¡Vienen a visitarme a mí, de modo que haré yo la pregunta! Vamos a ver: ¿qué es lo que quieren?

Simón soltó una risita. Pitzer sonrió prietamente.

Para ellos ya no era sorprendente nada que se relacionase con Brigitte y con el hombre que amaba. Sabían que ellos dos se entendían perfectamente, y eso era lo que importaba.

—Veníamos a cambiar impresiones con usted —dijo Pitzer—. Por el momento, sólo eso, aunque no vamos a negar que estamos muy preocupados.

—Preocupados —murmuró Brigitte—… ¿Han asesinado a alguno de los nuestros?

—No, no… No, no se trata de eso.

—Ah, bueno —Brigitte sonrió—. Entonces, como se va acercando el mediodía, los invito a un aperitivo. ¿Verdad, mi amor? Bueno, vamos allá… ¡No me han dicho nada de mis flores!

Pitzer carraspeó, miró las flores que Brigitte llevaba en la cabeza, y luego las que llevaba Número Uno.

—Están muy bien los dos con flores en la cabeza, sí —dijo.

Número Uno se quitó de un manotazo las flores, que había olvidado, y Brigitte soltó una carcajada, se abrazó a su cintura, y se encaminaron hacia la casa, Simón-Floristería en último lugar, haciendo esfuerzos por no reír.

Poco después, servidos todos con un martini con hielo, la divina

espía, tras un sorbito, preguntó:

—¿Y qué me dicen de Frankie? ¿Está bien?

—¿Minello? —Gruñó Pitzer—. ¡No tengo ni idea! ¡Cuando no está usted procuro no toparme con él! ¡Es insoportable!

—Ya, ya. ¿Qué dice usted, Simón? ¿Frankie es insoportable?

—¡Qué va! —exclamó Simón—. ¡Es el tipo más simpático que conozco… con su permiso, señor! —Miró a Pitzer.

Éste soltó un gruñido.

Número Uno iba mirando de uno a otro mientras bebía el martini, a pequeños sorbos. Brigitte, sentada junto a él en el viejo pero confortable sofá del comedor-recibidor-cocina de la cabaña, miraba ahora escrutadoramente a Pitzer, que había fruncido el ceño tras el gruñido.

Evidentemente, le preocupaban más otras cosas que los ataques verbales que sufría siempre por parte de Frank Minello, el más querido amigo de Brigitte.

—Bueno, tío Charlie, dígalo ya —autorizó Brigitte—… ¿Qué está ocurriendo en el mundo?

—En el mundo, no sé. Pero en la Costa Este de Estados Unidos se han concentrado, o mejor dicho, distribuido, más de trescientos agentes del espionaje soviético.

Incluso el siempre imperturbable Número Uno quedó atónito ante las palabras de Pitzer. Brigitte estaba sencillamente pasmada, con la boca abierta.

—¿Cuántos espías rusos ha dicho usted? —murmuró.

—Más de trescientos. Quizá quinientos. Ya no podemos asegurarlo, porque hay tantos que están escapando a nuestro control.

Brigitte miró a Número Uno, que reaccionó y se limitó a beber otro sorbo de martini, de nuevo inescrutable.

—¿Verdad que tú también has oído quizá quinientos espías rusos, mi amor?

—Sí.

—¡Cielos, se trata de una invasión…! ¡Que llegan los rusos, sálvese el que pueda! Oh, vamos, tío Charlie…, ¡quinientos espías rusos!

—Puede que no llegue a quinientos. Pero desde luego son más de trescientos, se lo aseguro —dijo Pitzer, muy serio.

—Yo creo —intervino Simón— que ya deben de haber sobrepasado los cuatrocientos, porque siguen llegando de todas partes. Están extendiéndose por toda la Costa Este, desde más arriba de Nueva Escocia hasta Chesapeake. Naturalmente, contamos los agentes de cierto nivel, no a sus posibles colaboradores ya residentes en Estados Unidos o Canadá.

—Lo que significa —se pasmó de nuevo Brigitte— que en total los rusos han movilizado quizás a más de mil hombres. ¿No es así?

—Sí, así debe de ser —asintió Pitzer.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—No lo sabemos. Cuando comenzó la avalancha quedamos tan sorprendidos que tardamos un poco en reaccionar. Cuando quisimos hacerlo, había ya tantos rusos por la costa que nos pareció… imprudente lanzarnos a su captura. Eso aparte de que comprendimos que estaba ocurriendo algo fuera de serie, por supuesto. Tan fuera de serie que a los rusos les importa un pimiento que nos lancemos a la captura de sus hombres. Es una operación tan descabellada que por fuerza ha de tener una explicación lógica: no se lanzan cuatrocientos hombres así como así a territorio enemigo.

—Desde luego que no —murmuró Brigitte—… ¿Y todos se van quedando en la costa?

—Sí.

Brigitte miró de nuevo a Número Uno.

—¿Qué piensas tú, mi amor?

—Están colocando un «filtro» para impedir que alguien que va a llegar por el este entre en Estados Unidos —dijo Uno—. Alguien o algo, claro. Sea lo que sea, tiene que ser algo o alguien de fácil desplazamiento discreto, pues de otro modo no colocarían semejante «filtro». Por otra parte, debe de ser algo que todos los rusos conocen muy bien: sería absurdo colocar quinientos hombres si éstos no saben qué es lo que tienen que impedir que entre en Estados Unidos… Yo creo que debe de ser un hombre. O una mujer, se entiende. Quizás una pareja, no más. Y por supuesto, dentro de poco llegarán submarinos rusos lo más cerca posible de la costa; hasta el mismísimo límite legal…, aunque creo que no lo tendrán en cuenta. Una operación así no puede atenerse demasiado a las normas establecidas.

No dijo nada más, pero era más que suficiente.

Brigitte asintió, y miró a Pitzer, que asintió a su vez.

—Más o menos, eso estamos pensando —dijo—. Pero lo cierto es que no tenemos ni idea de qué o de quién puede tratarse. Por el despliegue de agentes se diría que el propio Breznev se ha fugado de Rusia.

—Eso sería divertido —sonrió Brigitte; pero de pronto quedó seria—… ¿Es grande el riesgo de enfrentamiento armado entre esos rusos y nuestros muchachos?

—¿Grande? —masculló Pitzer—. ¡Puede suceder cualquier cosa! Lo mismo les da a todos los rusos por retirarse tan súbitamente como han llegado, como se empeñan en quedarse pase lo que pase. Estamos en un grave compromiso, Brigitte. Por un lado, el descaro de la MVD al enviar tantos agentes merece una respuesta. Por otro lado, estamos tan desconcertados que tememos… meter la pata, como vulgarmente se dice. Y por otro lado, como es lógico, nos gustaría saber, antes de hacer nada, qué es lo que está ocurriendo exactamente. Enfrentarnos así como así a quinientos rusos sería… desquiciado, demencial, catastrófico para todos.

—Se me ocurre una idea —dijo Brigitte, con un gesto tan ingenuo que una vez más hizo sonreír a Simón—: ¿por qué no se lo preguntamos a los rusos?

—¿Qué? —Gruñó Pitzer.

—Podemos ir a los rusos y preguntarles qué están haciendo en nuestra casa. Por poco educados que sean comprenderán que deben darnos una explicación razonable.

—¡Educados! —bufó Pitzer.

—La idea no es mala —dijo Simón—. A fin de cuentas, podríamos tratarlos mucho peor que haciéndoles unas simples preguntas.

—No contestarán —dijo Número Uno—. La idea podría ser admisible en circunstancias corrientes, pero no en las actuales. Brigitte sabe esto perfectamente…, lo que significa que no han entendido ustedes lo que ha querido decir.

—¿Se dan cuenta? —exclamó alegremente Brigitte—. ¡Uno sí que me entiende bien!

Pitzer y Simón se quedaron mirando esperanzados a la agente Baby. ¡Ya sabían ellos que a ella se le tenía que ocurrir algo para resolver o, al menos, afrontar el problema con garantías de obtener

resultados positivos!

—¿Qué se le ha ocurrido? —inquirió Pitzer, sonriendo al fin.

—Se me ha ocurrido que Número Uno y yo los invitamos a almorzar. Luego, tranquilamente, regresaremos todos a Nueva York, ustedes en el helicóptero y Uno y yo en el coche. Tenemos tiempo… ¿Qué les parece mi idea actual?

—Estupenda —dijo Pitzer.

Y en verdad que le parecía estupenda. No pensaba complicarse más la vida, porque sabía sin lugar a la menor duda que Brigitte Baby Montfort, como siempre, podría ofrecerles muy pronto resultados de gran interés. Y además, tomarse unas horas de descanso en aquel lugar le parecía magnífico.

No todo ha de ser preocupaciones en la vida…

Capítulo II

Los camaradas Sochvili y Kolchianov formaban juntos uno de los puntos de vigilancia en el gran «filtro» colocado por el espionaje ruso en la Costa Este de los Estados Unidos. Concretamente, estaban instalados muy cerca de la pequeña localidad de Oakbeach, entre ésta y el Fire Island State Park, en la costa sur de Long Island. A su derecha quedaba, no demasiado lejos, la intensa luminaria de la ciudad de Nueva York.

Ambos dentro de un coche, utilizaban con frecuencia los potentes prismáticos, mirando hacia el este, hacia el mar y el cielo. Cualquier luz de navegación marina o aérea que fuese avistada, debía ser analizada rápidamente. Si se trataba, por ejemplo, de un transatlántico o de un reactor de una línea regular de vuelo, no debían hacer nada, pues uno y otro serían controlados a su llegada a puerto o aeropuerto. Pero si era una avioneta o una embarcación menor, debían avisar inmediatamente por la radio de bolsillo a la radio más cercana a la emisora central establecida por la MVD exclusivamente para aquella operación.

No tenían temor alguno. Se les había asegurado que el riesgo de muerte no existía, y, en cuanto al de captura, que sí existía, sería solucionado a su debido tiempo entre la CIA y la MVD. De tal modo que no debían temer a los americanos, y concentrarse en su trabajo.

Pero… Pero en el espionaje no sólo juegan rusos y americanos.

También juegan, por ejemplo, los chinos.

O por lo menos, cuatro chinos, cada uno de los cuales abrió una portezuela del coche que ocupaban los soviéticos. Aparecieron de pronto junto al coche, abrieron las portezuelas, y los dos que habían abierto las de atrás entraron en el coche, y apuntaron sus pistolas a las nucas de los camaradas Kolchianov y Sochvili…, que tras el respingo miraban sobresaltados a los otros dos chinos, que les apuntaban al rostro, de pie junto a las portezuelas delanteras. Fue

como si de pronto unas poderosas mandíbulas de dos dientes cada una se cerrasen, atrapando a los dos rusos. No tenían la menor opción, no podían hacer nada…, salvo morir si no aceptaban la situación.

—Salgan del coche —dijo uno de los chinos—. Despacio y con las manos sobre la cabeza.

Los dos rusos obedecieron, con gesto hosco. Habían estado tan atentos al mar y al cielo que habían olvidado la tierra. Y por ésta, deslizándose por el suelo, habían llegado aquellos cuatro malditos chinos, cuyo control sobre ellos era total. Las pistolas les fueron arrebatadas rápidamente, y luego todas las demás cosas que llevaban en los bolsillos.

—De acuerdo —habló el mismo chino de antes, siempre en perfecto inglés—: ¿qué está ocurriendo entre los rusos y vosotros?

Sochvili y Kolchianov quedaron estupefactos una fracción de segundo. Acto seguido comprendieron que los chinos creían que ellos dos eran americanos. ¡Ésta sí que era buena…! Pero, rápidamente, los dos comprendieron que les iba a ir mucho mejor aceptando ser americanos que aclarando que eran rusos.

—No está ocurriendo nada que nosotros sepamos —contestó Kolchianov—… Todo lo que sabemos es que hay mucho movimiento de agentes rusos, y nos han destinado a vigilar esta zona por si van llegando más.

—Eso lo creemos —asintió el chino—. Pero la CIA tiene que saber algo más. ¿Qué más sabéis? ¿Qué están haciendo tantos rusos en toda esta parte de costa de Estados Unidos?

—Eso quisiéramos saber también nosotros —gruñó Sochvili, siguiendo el juego de su camarada, con toda naturalidad—, pero no nos han dado explicaciones al respecto.

—Estáis mintiendo —gruñó otro de los chinos, avanzando con gesto agresivo—… ¡Estáis mintiendo!

—No —negó Kolchianov—. Estamos diciendo la verdad. Desde luego, comprendemos que algo grande se está cociendo, pero no sabemos qué puede ser.

—Está bien, esta conversación requiere un… desarrollo diferente, que aquí no podemos darle. Venid.

—Os estáis complicando la vida —musitó Sochvili—. Cuando nuestros compañeros de la CIA sepan esto…

—¿Y por qué habían de saberlo? —intervino el otro chino—. ¡Caminad hacia allí, vamos!

Señaló hacia la oscuridad donde convergían la carretera que llegaba desde la isla al banco arenoso donde se hallaban. La idea de resistir pasó por las mentes de los rusos, pero brevemente. Sabían que emprender la lucha ahora que estaban desarmados era todavía más peligroso que antes. Y absurdo, por supuesto.

Echaron a andar, llegaron a la carretera, y giraron hacia la derecha, es decir, en dirección a Fire Island State Park. Recorrieron apenas cien metros antes de avistar la camioneta, de cuya cabina saltó otro chino, acudiendo al encuentro del grupo. Al resplandor de las luces de New York City, su rostro se veía impasible como una piedra.

—¿Nos los llevamos? —preguntó.

—Sí. Abre.

El chino de la camioneta abrió las puertas de atrás de ésta, y señaló al interior.

—Será mejor que primero subáis dos de vosotros —dijo—. Así vigilareis bien a los americanos cuando suban ellos.

Los dos chinos que hasta entonces no habían hablado subieron a la caja de la camioneta. Desde allí, se volvieron, haciendo un gesto con las pistolas, en dirección a los rusos.

—Venga, subid —dijo uno—. Iremos a…

Profirió una exclamación, se irguió y saltó hacia atrás, cayendo de espaldas en el interior de la camioneta. El que estaba a su lado no tuvo tiempo ni de alarmarse, ni de reaccionar. Emitió un gemido ahogado, se llevó las manos al vientre, y cayó de la camioneta al suelo, de espaldas, tras describir un airoso giro completo en tan corto recorrido.

El chino que había salido de la camioneta se estaba volviendo, desplazando su pistola… De la oscuridad brotaron dos puntos de luz roja, y el chino lanzó un aullido, cayó de rodillas, y enseguida se desplazó arrastrándose hacia debajo de la camioneta, desapareciendo rápidamente. De los otros dos, uno echó a correr fuera de la carretera, y el otro se volvió hacia los rusos, comenzando a apuntarles, crispado el rostro.

—¡Mald…!

Los dos puntos rojos refulgieron de nuevo en la oscuridad, y

pareció que el chino recibiese un tremendo golpe en la espalda, porque su vientre salió proyectado hacia delante, como si su cuerpo se hubiese partido en dos. Cayó de espaldas, gimiendo; giró quedando boca abajo, se alzó un instante sobre las manos, y se desplomó de nuevo, quedando inmóvil. Los rusos no esperaron a más: echaron a correr, alejándose de tan peligroso lugar, pero no pudieron correr mucho, porque de pronto una figura alta, atlética, vestida de oscuro, apareció ante ellos, extendiendo el brazo derecho, en el que se veía al extremo la pistola provista de silenciador.

—¡Quietos! —ordenó, secamente.

Sochvili y Kolchianov casi cayeron hacia delante al detenerse en seco; tan en seco como si hubiesen tropezado con la pistola del sujeto vestido de oscuro. Éste gritó, en ruso:

—¡La camioneta, Galina!

Los dos rusos se llevaron la segunda sorpresa de la noche y se quedaron contemplando estupefactos al hombre que los mantenía bajo control. A su derecha oyeron un rumor, y volvieron la cabeza. Una mujer de cabellos rubios apareció corriendo en dirección a la camioneta, desplazándose en zigzag. La oyeron lanzar una exclamación, detenerse de pronto, apuntar hacia la camioneta, y disparar; sólo se oyó un amortiguado «plof», pero más allá se oyó con más fuerza el rebote de la bala en la camioneta.

El motor de ésta rugió. El vehículo se puso en movimiento inmediatamente. La mujer rubia volvió a disparar, pero la camioneta seguía alejándose. Pareció que la rubia fuese a correr tras ella, pero el sujeto vestido de oscuro le gritó, de nuevo en ruso:

—¡Déjala! ¡Y echa una mirada a esos chinos que han caído!

La movilidad, la agilidad de la mujer rubia era admirable, felina. Sochvili dejó de mirarla, y se encaró con el hombre vestido de oscuro.

—¿Sois rusos? —preguntó en este idioma.

—Cállese —dijo el otro, ahora en inglés—… ¡Y ponga las manos sobre la cabeza!

—Pero nosotros…

—¡Las manos sobre la cabeza! ¡Y no quiero oír una sola voz!

Los dos rusos obedecieron, tras cambiar una mirada. Ambos pensaron, muy sensatamente, que ya tendrían tiempo de aclarar las

cosas con el desconocido, que, evidentemente, y por fortuna para ellos, era ruso, como la muchacha rubia.

Ésta se acercó tras examinar a los dos chinos caídos donde había estado la camioneta.

—Los dos están muertos, Anton.

—Peor para ellos. Vámonos de aquí… ¡Esto debe de estar lleno de americanos! Ustedes —movió la pistola—, caminen. ¡Vamos!

—Estáis cometiendo un error —dijo Kolchianov, sonriendo—: nosotros también somos rusos. Somos camaradas vuestros.

El llamado Anton ladeó la cabeza, y una seca sonrisa pareció deslizarse por sus delgados labios.

—Son ustedes muy listos —dijo en perfecto ingles—. Pero, si ustedes hablan bien el ruso, yo hablo bien el inglés… y no soy americano. ¿Está claro?

—Os aseguramos que somos rusos —dijo Sochvili.

—De acuerdo —dijo Anton—. Entonces, más motivos para que os comportéis dócilmente con Galina y conmigo, ¿no? Tenemos el coche no muy lejos de aquí. Hablaremos en él. ¿Está bien?

—Claro que sí —asintió Sochvili.

Tardaron un par de minutos en llegar al coche. Anton obligó a Sochvili y Kolchianov a apoyar las manos en el coche, bien separados de éste los pies, de modo que estaban en una posición muy poco apta para intentar cualquier agresión. Comenzó a cachearlos.

—No llevamos armas —dijo Kolchianov—. Ni nada. Esos malditos amarillos nos lo quitaron todo.

Anton se aseguró de esto, en silencio. Luego, hizo una seña a Galina, y ésta se colocó ante el volante del coche. Anton hizo entrar acto seguido a los dos rusos al asiento de atrás, y Galina, que se había vuelto en el asiento, los apuntó con su pequeña pistola silenciosa. Anton se sentó junto a ella, y también los apuntó.

—Alejémonos de aquí, Galina —dijo.

—Tenemos nuestro coche cerca —dijo Kolchianov—. Deberíais llevarnos allá, para que prosigamos nuestro trabajo. Y vosotros deberíais ocuparos del vuestro.

Galina arrancó. El coche se movía suavemente. Anton había fruncido el ceño.

—Ya me está cansando que nos consideréis tontos —dijo—:

oímos perfectamente parte de la conversación, de la que se desprendía claramente que sois americanos.

—Los chinos nos confundieron con americanos —explicó Sochvili—, y nos pareció mejor dejarlos en su error. Supongo que comprendéis esto.

—Tiene sentido —admitió Anton—. Pero yo también puedo inventar mil mentiras con sentido.

—Maldita sea —gruñó Kolchianov—… ¡No os estamos mintiendo, Anton! ¡Te digo que somos rusos, estamos aquí para lo mismo que vosotros!

—¿Sí? ¿Y para qué estamos nosotros aquí?

—¡Lo sabes perfectamente!

—Yo sí —dijo sarcásticamente Anton—. Pero ¿lo sabéis vosotros? Si es así, adelante, dínoslo: ¿qué estamos haciendo los rusos en Estados Unidos, cuántos hemos venido, qué órdenes concretas tenemos para esta operación?

Sochvili y Kolchianov se quedaron mirando fijamente a Anton, sin contestar ninguno de los dos. Anton emitió una seca risita.

—¿Os dais cuenta? ¡No sois tan listos, después de todo…! Sois americanos, y estabais por aquí precisamente localizando compañeros nuestros. Lo que no entiendo es lo de los chinos, no comprendo que esos idiotas se hayan metido en esto, complicándose la vida al atacar a la CIA… ¡No consigo comprenderlo! ¿Qué ocurrió exactamente?

—Los chinos nos confundieron con americanos, y querían saber qué está ocurriendo.

—¿Lo saben los americanos?

—Esperamos que no.

—Entonces, ¿por qué habían de atacar los chinos a dos americanos? Lo lógico habría sido que capturasen a un par de rusos para preguntárselo, ¿no?

—Es evidente que los chinos prefirieron tratar con americanos que con rusos. Con nosotros habrían tenido un choque menos… pacífico, en líneas generales.

—Observo que insistes en asegurar que sois rusos… Muy bien, contestad a esto inmediatamente, sin pensarlo, inmediatamente y los dos a la vez. ¿Preparados? Ésta es la pregunta: ¿cómo os llamáis?

—Sochvili.

—Kolchianov.

Anton se sorprendió visiblemente, titubeó. La rubia emitió un gracioso silbidito, y exclamó:

—¡Pues sí que tenéis bien aprendida la lección, yanquis!

—La lección que tenemos aprendida es otra —dijo Sochvili—. Con vosotros estamos diciendo la verdad.

—¡Son listos, los americanos! —rió Galina.

Anton seguía titubeando, miraba ahora de modo diferente a los dos rusos.

—Repetiré las preguntas de antes —murmuró—: ¿qué estamos haciendo tantos agentes rusos en Estados Unidos y qué órdenes concretas tenemos para esta operación?

—¿Qué perdemos diciendo lo que ellos ya saben? —dijo Sochvili a Kolchianov.

—Está bien —asintió éste—… Supongo que todos tenemos las mismas órdenes, y que por tanto nos creeréis ahora: estamos en Estados Unidos con las órdenes concretas de impedir que el camarada Eugen Andreiev consiga entrar en este país con el material que se llevó de Rusia; si es posible, debemos llevar a cabo la acción pacíficamente, y capturar vivo a Andreiev, pero si las cosas se ponen difíciles, tenemos que matarlo y escapar inmediatamente, evitando mayores enfrentamientos con los americanos.

—¿Y qué es lo que el camarada Eugen Andreiev se ha traído de Rusia? —preguntó Anton.

—Eso no lo sabemos ninguno de nosotros —gruñó Sochvili.

—Entonces, ¿cómo sabríamos que recuperábamos el material que se llevó Andreiev? —inquirió con desconfianza Anton.

—Tiene que llevarlo encima, así que todo lo que tenemos que hacer es cazarlo a él y sabremos que hemos recuperado el material.

—Ya. Pero si lo matamos y queda en manos de los americanos, éstos encontrarán el material, ¿no es así? Todo lo que tendrían que hacer sería registrar el cadáver de Andreiev…

—Sabes muy bien que todos hemos sido dotados de balas incendiarias, que convertirían en cenizas a Andreiev y todo cuanto llevara encima —gruñó ahora Kolchianov.

—¡Ah! —sonrió Anton—. Bueno, no sé…

—Parece que son de los nuestros —dijo con tono sorprendido la rubia Galina.

—Parece que sí —masculló Anton—. Pero todavía no estoy completamente convencido… A ver: supongamos que encontramos a Eugen Andreiev, que lo cazamos vivo… ¿Qué tendríamos que hacer entonces?

—Avisar a la radio central, para que nos enviasen el medio de navegar a toda prisa hacia uno de los submarinos llevándonos a Andreiev, naturalmente.

—Muy bien, pero eso lo haría la pareja o el grupo de los nuestros que encontrase a Andreiev… ¿Y los demás camaradas qué harían?

—Serían avisados, y cada cual se marcharía de Estados Unidos por los medios asignados a cada uno. Escucha, Anton, con lo que te hemos dicho es más que suficiente para…

—Está bien, está bien. Vamos a ir ahora a ver vuestro coche. Sólo un vistazo, y las cosas quedarán claras… Indicadle a Galina el camino. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Sochvili.

Galina dio la vuelta cuando Sochvili se lo indicó, regresando hacia donde había quedado el coche. Llegaron en pocos minutos, y la rubia rusa, tras apagar el motor, se volvió sonriente hacia Sochvili y Kolchianov.

—Supongo —dijo amablemente— que habéis oído hablar de mí en alguna ocasión, camaradas.

—No —negó Kolchianov—. Pero somos tantos que eso es normal. Además, no hemos sido informados de los nombres de nuestros camaradas, naturalmente. De ningún nombre. Pero si te llamas Galina, por nosotros está bien.

—No lo habéis entendido —casi rió la rubia—. Al decir que debíais haber oído hablar de mí me refería a otro nombre: Baby, de la CIA. ¿Os suena?

Los dos rusos quedaron estupefactos. Miraron a Anton, que los contemplaba ceñudamente. Palidecieron de pronto. Y eso fue todo lo que pudieron hacer. Baby apuntó a Kolchianov con una pistola, apretó el gatillo, y en el acto hizo lo mismo contra Sochvili… Dos delgados relámpagos brotaron del arma, iluminando el interior del coche, y cada uno de ellos pareció penetrar en un ruso,

provocándoles la pérdida instantánea del conocimiento.

Brigitte Baby Montfort miró la pistolita, y luego a Anton.

—Funciona bien esta pistolita, ¿verdad? ¡Mc Gee es un genio![2]

—Tiene que serlo, para estar a tu altura.

—Eres muy amable, mi amor. Tú también has estado genial.

—Gracias. ¿Sabes algo de ese Eugen Andreiev?

—Nada en absoluto. Pero quizá tío Charlie sí sepa algo. Y si no, se las arreglará para saberlo. Bien, vamos a dejar lista esta parte del asunto —Brigitte alzó hasta su boca la pequeña radio—… ¿Tío Charlie querido?

—Hola. Sí, ya lo he oído todo. ¿Nos reunimos ya con ustedes?

—Desde luego. Oh, y que vengan los chinitos: quiero darles las gracias por lo bien que lo han hecho todo.

Capítulo III

En menos de cinco minutos, Pitzer, Simón-Floristería y los cinco chinos que habían tomado parte en la comedia aparecían en aquel lugar, saltando todos de la camioneta. Apareció también otro coche con cuatro agentes de la CIA, que inmediatamente se ocuparon del coche de los rusos y de éstos. Brigitte, rubia y de ojos verdes, felicitó simpáticamente a los cinco chinos por su actuación, gastándoles alguna broma que les hizo reír. Los chinos se despidieron, y se marcharon en la camioneta.

—Bueno —suspiró Baby—, es una suerte que tengamos personal como ése: si hubiera ocurrido algún contratiempo, los rusos habrían pensado que la agresión habría partido de China, no de la CIA. Soy malvadamente astuta, ¿verdad, tío Charlie?

Éste sonrió, pero de pronto frunció el ceño.

—Eugen Andreiev —musitó—… Tendré que llamar a la Central a ver si allá saben algo de ese ruso. Lo mejor es que usted y Número Uno regresen a Nueva York: por la mañana iré a su apartamento para informarles de lo que se sepa de ese Andreiev.

* * *

—Eugen Andreiev Raskolnikoff —dijo Charles Alan Pitzer, tendiendo algunas fotografías a Brigitte y Número Uno—: Comisario Especial del Presidium de la URSS para la Contraofensiva Nuclear.

Eran apenas las nueve de la mañana. Brigitte y Número Uno, que estaban tomando café en el salón del apartamento de la divina espía esperando precisamente a Pitzer, que les había avisado por teléfono de su visita, cambiaron una mirada. Luego, Brigitte murmuró:

—¿Contraofensiva Nuclear? ¿Qué significa exactamente eso, tío

Charlie?

—Creo que está bien claro, ¿no? —musitó Pitzer—. Andreiev es… o era el Comisario Jefe encargado de dar respuesta nuclear a cualquier ataque de esta índole que sufriese Rusia por parte de otra potencia. Dicho de otro modo: era el hombre encargado de apretar el botón soviético que pondría en el aire el armamento atómico ruso en dirección a su objetivo u objetivos.

Brigitte y Uno miraron las diversas fotografías de Eugen Andreiev, algunas de ellas reproducciones de periódicos europeos, otras tomadas directamente a Andreiev con teleobjetivo. Era un hombre de unos sesenta años, de gran cabellera gris, ojos claros, facciones fuertes, frente muy amplia, gesto fatigado.

—¿Qué puede haberse llevado este hombre de Rusia? —susurró Brigitte.

—Lógicamente, debemos suponer que tiene que ser algo relacionado con su Departamento. Era un hombre muy importante.

—¿Era? Ya lo ha mencionado usted un par de veces en pasado… ¿Por qué?

—Parece ser que ha muerto.

—¿Cómo que ha muerto? —exclamó Brigitte—. ¡Pero si hay mil hombres de la MVD entre agentes directos y colaboradores esperándolo en la costa!

—Con seguridad, desaparecerán muy pronto, en cuanto la noticia se extienda. Algunos de nuestros hombres han encontrado el cadáver de Andreiev en un pequeño *bungalow* en las afueras de Hamilton, en las islas Bermudas. Bueno, creemos que es él… En estos momentos lo están trayendo en una avioneta.

—Pero… ¿cómo ha sido eso? ¿Qué ha ocurrido?

—Dada la peculiaridad de esta operación rusa, algunos de nuestros hombres establecieron contacto con el MI5 británico solicitando apoyo e información. Un británico que operaba en las Bermudas poco menos que como si estuviese de vacaciones, avisó a uno de los nuestros de que las autoridades de allá habían encontrado el cadáver de un hombre sin identificación de ninguna clase. Se tomaron fotografías al cadáver, y se enviaron a la Central. El agente del MI5 lo arregló todo en las Bermudas, y ahora ese cadáver viene hacia aquí. Éstas son las fotografías que tomaron.

Tendió otro bloque de fotografías a los desconcertados Uno y

Baby. Bastaba una simple mirada para identificar al hombre con el pecho ensangrentado por varios balazos como a Eugen Andreiev Raskolnikoff. Ni siquiera hacía falta comparar las fotografías de archivo con las de la muerte del ruso.

—No está quemado —dijo Uno.

—No —gruñó Pitzer—: lo mataron a balazos.

—Tío Charlie, como quiera que yo tuve abierta la radio todo el tiempo que hablamos dentro del coche con nuestros colegas Sochvili y Kolchianov, usted sabe que los rusos tenían órdenes de disparar con balas incendiarias contra Andreiev, a fin de destruir el material que éste se había llevado de Rusia… ¿Qué le sugiere, entonces, el modo en que ha muerto Andreiev?

—Que no lo han matado los rusos, claro —mascullό Pitzer.

—Entonces ¿quién?

Pitzer frunció el ceño, y se sentó, por fin. Se sirvió café, bebió un sorbo, y movió la cabeza.

—¿Cómo saberlo? —murmuró—. Lo que sí sabemos es que, haya sido quien haya sido, tiene el material que Andreiev sacó de Rusia. Se lo quitó todo, dejó allá el cadáver, y desapareció.

—Los británicos no han sido —dijo Brigitte, como hablando consigo misma—, porque si esta muerte fuese cosa de ellos no habrían dicho nada. Si avisaron a nuestros compañeros fue porque no tienen ni idea de lo que está pasando, y, con el pretexto de ayudarnos, quieren meter sus narices en el asunto… ¿Están de acuerdo en esto?

—Claro —asintió Pitzer.

—Los chinos tampoco han sido —dijo Uno, despaciosamente—. Precisamente, según entiendo, los que anoche nos ayudaron están bien introducidos en el sistema corriente de espionaje del Lien Lo Pou en Estados Unidos, ¿no es así? De modo que si los chinos supieran algo, habrían movilizado a su personal… ¿Lo han hecho?

—No —negó Pitzer—. Los chinos se han dado cuenta de que algo sucede, pero estamos informados de que no saben nada de nada.

—O sea —intervino de nuevo Brigitte—, que Andreiev ha aparecido muerto cuando le estaban buscando los rusos. Pero no lo han matado los rusos, ni los chinos, ni los británicos, ni nosotros… Pero quien haya sido, tiene el material de Andreiev. Si no es ni

ruso, ni chino, ni británico, ni americano… ¿qué es y qué piensa hacer con ese material?

—Lo que yo me pregunto —dijo Uno— es si ese hombre u hombres que han matado a Andreiev tienen tan siquiera idea de lo que han conseguido.

—Yo creo que sí, mi amor. ¿Por qué matar a nadie para quitarle algo que no sabemos qué es?

—Pero sí que es algo importante. Tan importante como para movilizar mil colaboradores de la MVD en la Costa Este de Estados Unidos.

—Quizá tengas razón —parpadeó Brigitte—… Sí, podría ser. Tío Charlie, ¿no se han hecho investigaciones en torno a Andreiev en las Bermudas? Quiero decir que él debió de llegar de algún modo, quizás acompañado, o quizá le esperaba alguien en Hamilton… ¡Incluso cabe la posibilidad de que supiésemos de dónde llegó!

—Estamos investigando esa parte. De momento, nuestros colegas británicos dicen que Andreiev no llegó oficialmente a las Bermudas De modo que pensamos que llegó clandestinamente, en barco o en avión. Lo del barco, casi está descartado. Pensamos ahora en una avioneta… La avioneta pudo llegar desde Terranova, pero pensamos que si Eugen Andreiev había conseguido llegar a Terranova, le habría resultado más fácil y práctico adentrarse en Canadá y esconderse en esa inmensidad, que retroceder posiciones trasladándose a las Bermudas. De modo que hemos puesto los ojos en las Azores. Desde esas islas, con una avioneta adecuada, Andreiev pudo llegar a las Bermudas, dispuesto a esperar aquí el momento propicio para el siguiente y último salto, que le dejaría en nuestras costas.

—Para hacer todo eso —dijo Brigitte— necesitaba mucha y muy buena ayuda.

—Sin duda. O le ayudó un grupo bien organizado, o nada tiene sentido.

—Yo podría haber ayudado sólo a Andreiev —dijo Uno—. Y tú también, Brigitte.

—Desde luego —sonrió hoscamente Pitzer—. Pero ustedes son excepcionales, Uno.

—Pero no únicos —replicó Número Uno—. Yo creo que esto no lo ha hecho un grupo. Lo ha hecho un hombre solo: ayudó a

Andreiev a llegar hasta las Bermudas, allí le quitó el material, lo mató…, y se esfumó. Y no me sorprendería nada que ese hombre estuviese ahora en Estados Unidos. A él nadie le busca.

—Es posible que tengas razón, mi amor —reflexionó Brigitte—. Pero para hacer una cosa así hay que ser verdaderamente excepcional. Y un agente excepcional de esa categoría no puede ser un desconocido total en nuestro ambiente: alguien debe de conocerlo.

—Sí —admitió Uno—. Por eso se está escondiendo, de momento.

Pitzer, que iba mirando de uno a otra, parpadeó, confuso. Era un gran veterano del espionaje, pero todavía se sorprendía en muchas ocasiones cuando dialogaba de aquel modo con Baby y Número Uno, cuyas mentalidades sobrepasaban la suya en rapidez, cuando menos.

—Eso podría significar —dijo— que en cualquier momento ese hombre puede intentar ponerse en contacto con nosotros.

—¿Con la CIA? —Alzó las cejas Número Uno—. ¿Por qué? No tenemos ninguna evidencia de que ni Andreiev ni su… colaborador-asesino emprendieran el viaje desde Europa para tratar con la CIA. Aunque tampoco hay que descartarlo, claro.

Durante unos segundos, los tres guardaron silencio, hasta que Brigitte dijo:

—Lo que yo me pregunto es qué se llevó Andreiev de Rusia. Sí, sí, ya sé, algo relacionado con su Departamento… Pero ¿qué puede ser que haya armado todo este alboroto? No olvidemos la reacción de la MVD ante esta evidente traición de Andreiev: moviliza mil colaboradores ante nuestras narices, sin precaución alguna, buscando sólo soluciones, no cortesías o cautelas. Por encima de todo, quieren recuperar ese material. ¿De acuerdo?

—Sin la menor duda —asintió Pitzer.

—Muy bien… Tanto los rusos como nosotros tenemos muy buena información respecto a las posibilidades de ofensiva y contraofensiva del otro. Lo sabemos por medio de espionaje directo, por medio de satélites artificiales, por análisis de diversas informaciones y noticias producidas dentro de la propia Rusia… Incluso, algunas revistas que se las dan de importantes publican estas cosas: que si USA tiene tantas bombas de éstas y tantos submarinos de los otros, que si Rusia tiene más de esto pero menos

de aquello, que si tal mar lo están dominando estratégicamente los rusos, que si tal otro los americanos… Casi se puede decir que nuestros respectivos poderíos son del dominio público, así que…, ¿qué más podría decirnos Andreiev, a nosotros o a cualquiera sobre la potencia de Contraofensiva Nuclear de la URSS?

—Siempre puede haber algo que no sepamos —deslizó Pitzer.

Hubo otro breve silencio. ¿Algo que la CIA no supiera? ¿Qué podía ser? ¿Más armamento del que el mundo creía, una nueva arma de largo alcance, una nueva bomba…? ¿Una nueva estrategia rusa en cuanto al modo de afrontar o iniciar una contienda nuclear…?

El suave zumbido sonó bajo la chaqueta de Pitzer, y éste sacó rápidamente su pequeña radio.

—¿Sí?

—Señor —sonó la voz de Simón-Floristería—, ¿puede usted regresar inmediatamente?

Una expresión de alarma apareció en los ojos de Pitzer. ¿También estaba ocurriendo algo en la floristería?

—Voy enseguida —murmuró.

Cerró la radio, la guardó, y se puso en pie.

—Infórmenos cuanto antes de lo que ocurre, tío Charlie.

El jefe de la CIA en el Sector New York asintió con un gesto, se despidió con otro, y abandonó el salón.

Todavía no eran las nueve y media de la mañana.

* * *

Poco después de las dos de la tarde, apareció el helicóptero por encima de la azotea del Crystal Building. En ésta, Número Uno y Brigitte permanecieron inmóviles mirando el aparato, que se posó suavemente, pero sin detener el giro de sus aspas. Brigitte y Uno se acercaron al aparato, el aire de cuyas aspas alzó las faldas de la espía internacional, dejando al descubierto durante un par de segundos sus bellísimas piernas. También la negra cabellera de la espía se agitó. Segundos después, los dos accedían al helicóptero, a cuyos mandos no iba Simón-Floristería, como solía ocurrir, sino un agente de la CIA desconocido, un Simón cualquiera. En la parte de atrás estaba Pitzer.

Número Uno cerró la puerta corredera y él y Brigitte se acomodaron en la parte de atrás, con Pitzer. El piloto, que se había vuelto para mirar a Brigitte, sonrió, y se aplicó de nuevo a los mandos. El helicóptero remontó el vuelo, diminuto sobre la impresionante masa de rascacielos.

Brigitte señaló hacia abajo, hacia la gran mancha verde.

—Hace tiempo que no voy a correr por Central Park… ¿Me acompañarás cuando volvamos de Canadá, mi amor?

—No sé.

—¿No sabes si me acompañarás o no sabes si volveremos?

—No sé si te acompañaré. No me hace mucha gracia corretear por un parque.

—¿Verdad que parece antipático? —sonrió Brigitte a Pitzer, que iba mirando como siempre de uno a otra—. Pues ya verá como me acompañará a correr por Central Park. ¿Y sabe por qué, tío Charlie?

—¿Por qué?

—Porque me adora.

—Adorarla a usted no es difícil —dijo Pitzer.

—¡Buena respuesta! —rió la divina—. Pero Uno me adoraría aunque fuese difícil. ¿Verdad, mi amor?

Número Uno soltó un gruñido, y miró a Pitzer.

—¿Qué hay de ese tipo de Canadá? —masculló—. Salvo que estemos muy seguros sobre él no permitiré que Brigitte se le acerque…

—¿Lo ve? —exclamó Brigitte—. ¡Ya está pensando que todo es una trampa para cazar a Baby, así que quiere correr él solito todos los riesgos!

—No creemos que sea una trampa —negó Pitzer—. Hemos comprobado bien la personalidad del sujeto en cuestión. Pero empecemos por el principio… Su nombre es Heinrich Glemser. Es alemán, residente en Berlín, y hasta la fecha ha sido uno de nuestros más eficaces y leales agentes dobles que…

—¿Agente doble? —Respingó Brigitte—. ¡No me gustan los agentes dobles, y usted lo sabe perfectamente, tío Charlie!

—Sí, lo sé. Pero así están las cosas. Y, de todos modos, parece que vamos a tener que confiar en Heinrich Glemser, debido a su historial a favor de los Estados Unidos en general y de la CIA en particular. Y no es de ahora, sino desde hace muchos años. Además,

parece que va a entregarnos lo que Eugen Andreiev sacó de Rusia…

—¿Cómo lo ha conseguido él? ¡Seguramente, fue quien mató a Andreiev en las Bermudas!

—Podría ser, pero lo dudo. Y ello porque tengo otra noticia importante y sorprendente para usted: el ruso Eugen Andreiev y Heinrich Glemser eran buenos amigos. Glemser entraba con cierta frecuencia en Rusia, conseguía verse con Andreiev…, y según una información de última hora facilitada por algunos de nuestros más significados generales, Glemser había conseguido para la estrategia norteamericana algunas informaciones que le facilitaba Andreiev.

Brigitte no salía de su asombro.

—¿Quiere decir que Andreiev le facilitaba a Glemser información sobre su Departamento… a sabiendas de que Glemser la pasaría a la CIA o al Pentágono? —preguntó incrédulamente.

—Así parece. Esto ha sido confirmado por uno de nuestros más prestigiosos generales. Usted debe de recordarlo, sin duda —Pitzer sonrió como divertido—: me estoy refiriendo el general Godliman.

—¿El general Augustus Godliman? —exclamó Brigitte.

—Exacto. Su antiguo rival hacia la Casa Blanca[3]. Usted desistió de ocupar la presidencia, pero el general Godliman continúa intentándolo…, y va ganando popularidad.

—Eso es absurdo —dijo secamente Número Uno—. Tal como están montadas las cosas para las próximas elecciones ese general no tiene ninguna probabilidad de ser elegido.

—Bueno, ésa no es la cuestión ahora. Estábamos hablando de Glemser y de Andreiev, de la vinculación de ambos entre sí y de los beneficios que nuestra estrategia obtenía de esa amistad entre el alemán y el ruso. En cuanto al alemán, llegó a Canadá, buscó contacto con uno de nuestros hombres allá, y tras identificarse dijo que estaba en disposición de aclarar todo el asunto de Andreiev que había movilizado a tantos rusos. Pidió que comunicasen esto a la Central, y que le enviasen a alguien de un nivel adecuado para tratar del asunto. Como quiera que yo ya había establecido contactos con la Central sobre el caso, les pareció de perlas que esa persona de «nivel adecuado» para tratar con Glemser fuese la agente Baby, así que comunicaron con la floristería, y Simón me llamó entonces a su apartamento. Bien, eso es todo. Veremos qué dice Glemser.

—¿Dónde está exactamente ese Glemser? —preguntó Uno.

—En un pequeño chalé que los nuestros utilizan ocasionalmente, cerca de Montreal. Lo que significa que tenemos no menos de tres horas de vuelo.

—No me gusta.

—¿Por qué motivo? —Lo miró Pitzer muy interesado, expectante.

—No me gusta.

Pitzer parpadeó. Brigitte miraba atentamente a Número Uno. Sabía que él no daba muchas explicaciones, pero en aquel caso tampoco habría podido darlas; simplemente, el asunto no le gustaba, aunque no encontrase una explicación concreta. Y si un asunto no le gustaba a Uno, habría sido estúpido no tomar precauciones. Cierto que ella era la mejor espía del mundo…, pero cuando ella empezó a espiar, Número Uno ya hacía años que era el mejor hombre de la CIA. No había sido denominado «Número Uno» por capricho.

—Bueno, mi amor —sonrió, poniendo una mano sobre una de él —, si a ti no te gusta el asunto, la cosa está clara: adoptaremos las precauciones debidas para que nadie nos proporcione una desagradable sorpresa. Y menos que nadie, ese Heinrich Glemser.

Capítulo IV

Heinrich Glemser se puso en pie cuando entraron en el saloncito del chalé las personalidades de la CIA que debían atenderle, y que acababan de saltar del helicóptero frente a la aislada casa. Era un hombre de cincuenta años, alto, sólido, de hombros anchos, manos grandes. Cabeza grande, bastante calvo, frente abombada, ojos claros, boca delgada. Un tipo notable.

Su viva mirada se posó inmediatamente en la hermosa muchacha rubia y de ojos verdes que acompañaba a aquellos dos hombres tan diferentes entre sí. Tras mirar a la rubia, miró a los dos hombres, y en sus claros ojos apareció un destello de comprensión al valorar adecuadamente a Pitzer y Número Uno. Pero su mirada volvió hacia la rubia, y, enseguida, demostró la rapidez de su comprensión, al preguntar:

—¿Es usted Baby?

—En efecto, *Herr* Glemser —se le acercó Brigitte, pero sin tenderle la mano—: soy la agente Baby.

—Puede usted hablar en inglés —sonrió Glemser—. Habla perfectamente el alemán, pero yo también hablo perfectamente el inglés.

—Sí, ya lo veo. De acuerdo, hablaremos en inglés. Siéntese, *Herr* Glemser. Espero que le hayan atendido bien.

—No tengo ninguna queja, gracias.

La hermosa rubia se sentó. Glemser ocupó un sillón frente a ella, y Pitzer ocupó otro. Número Uno permaneció de pie, distante, como ausente, según su táctica habitual; su negra mirada quedó fija en Glemser, que a su vez lo miró con interés.

—¿Es un directivo de la Central? —preguntó, señalando a Uno con la barbilla.

—No. Le presento a Charlie. —Brigitte señaló a Pitzer con un gesto—. Él sí es un alto directivo. Esperamos ser suficientemente

importantes para usted, *Herr* Glemser.

—El simple hecho de que la hayan enviado a usted ya me hace comprender que se me ha concedido la importancia adecuada —sonrió el alemán—. Bien, ante todo espero que esté usted informada de que hace años que trabajo fielmente para la CIA pese a mis trabajos superficiales en Alemania y Polonia en favor de la MVD rusa.

—Estoy bien informada sobre usted. Hemos interpretado, *Herr* Glemser, que puede usted facilitarnos el material que Eugen Andreiev sacó de Rusia. ¿Hemos interpretado bien?

—Sí.

—¿Puedo ver ese material?

Heinrich Glemser sacó su paquete de cigarrillos, escogió uno, y lo partió. Dentro apareció una pequeña cápsula, que colocó en la tendida mano de Brigitte. Ésta abrió la cápsula hermética con fácil habilidad, recogiendo en el regazo el diminuto microfilme.

Del maletín rojo con florecillas azules estampadas sacó sus gemelos de teatro preparados por Mc Gee para convertirse en visor de microfilmes. Colocó en la ranura superior el que le había entregado Glemser, y miró con los prismáticos hacia la luz, haciendo girar la ruedecilla de graduación, que fue absorbiendo el microfilme…

El texto estaba escrito en ruso, pero eso no representaba ninguna dificultad para Brigitte. Lo que sí representó una dificultad insalvable de momento fueron los tecnicismos empleados. Había casi una docena de microfotos, que parecían formar todas ellas parte del mismo texto o documento, al final del cual se veían varias firmas. La espía leyó de nuevo el texto, pero todos se dieron cuenta de que estaba desconcertada. Cuando terminó hizo una seña a Número Uno, que se acercó, tomó los gemelos, y se dedicó a su vez a leer los documentos. Pitzer permanecía en silencio, como todos. Sabía ya que si Baby no había obtenido ninguna conclusión, él tampoco la obtendría. Y posiblemente, tampoco Número Uno.

Éste terminó la lectura, y devolvió los gemelos a Baby.

—Estrategia nuclear —dijo—, pero no entiendo exactamente los términos técnicos.

—Estoy seguro —deslizó suavemente Glemser— de que en el Pentágono sabrán obtener adecuadas conclusiones.

—¿Ha obtenido usted algunas? —preguntó Brigitte.

—Yo tengo algo más que conclusiones, señorita. Sé exactamente cuál es el contenido de esos documentos, ya que Eugen los estuvo comentando conmigo.

—Muy bien. ¿Qué dicen esos documentos?

Heinrich Glemser movió negativamente la cabeza.

—No quiero hablar sobre ellos.

—¿Desconfía de mí? —sonrió divertida Brigitte—. ¿Desconfía de alguien de los que estamos aquí?

—En absoluto. Pero lo que Eugen me contó es tan… absolutamente fantástico que no quiero hablar de ello con nadie, a fin de no influir en la interpretación que sobre esos documentos obtengan en el Pentágono, la CIA, la Casa Blanca, o quienquiera que se haga cargo de ellos.

—Ésa es una actitud muy cauta e inteligente, *Herr* Glemser. De acuerdo, pondremos este microfilme en poder de personal más preparado que nosotros para interpretarlo. Me pregunto… qué pide usted a cambio de esta información.

—Nada.

—¿Nada? —sonrió angelicalmente la astuta espía.

—Absolutamente nada. Llevo muchos años metido en el doble juego del espionaje, fastidiando todo cuanto he podido a los rusos, pero obligado a tratar con ellos. Mi sueño dorado ha sido siempre dejar de tratar con los rusos, pero mi labor era importante, y la CIA me ha estado pidiendo que permaneciese en mi puesto de agente doble, a la espera de una ocasión para retirarme. Cuando en mi última visita a Moscú, Eugen me habló de este asunto, comprendí que había llegado el momento de retirarme, con un gran triunfo. Lo conseguido —señaló los gemelos— justifica que yo deje de seguir laborando en Europa: vale más esa información que todo lo que hubiera podido conseguir en el resto de mi vida como agente doble.

—Le felicito. También tenemos entendido que Eugen Andreiev y usted eran buenos amigos.

—Sí. Y los dos ansiábamos dejarlo todo y retirarnos a vivir en paz…, mientras ésta sea posible.

—Lo comprendo. Pero, lamentablemente, su amigo Andreiev ya no necesita la clase de paz que los dos buscaban. Dispone ahora de otra paz mucho mayor… y definitiva. ¿Sabe usted que ha muerto?

—Sí. Yo lo maté —susurró Glemser.

La expresión de Brigitte no se alteró.

—Ah —dijo, simplemente.

—Supongo que eso los sorprende a ustedes.

—Tengo la certeza de que usted nos dará una explicación comprensible respecto al asesinato de su amigo Eugen. ¿O no fue un asesinato? ¿Quizás él tuvo miedo, o se arrepintió de su traición…?

—No. No fue nada de eso. Estuve ayudando a Eugen a salir de Rusia, a cruzar Europa… Le ayudé hasta colocarlo en las Bermudas. Para entonces, ya había comprendido que el cerco ruso era insalvable para Eugen. Yo podría pasar, pero él no: era demasiado conocido, no sólo con anterioridad, sino que todos los rusos habían visionado fotografías de él. Me di perfecta cuenta de que Eugen jamás conseguiría llegar a Estados Unidos, lo que significaba que ni lo que había hecho él ni lo que había hecho yo serviría de nada. Entonces, lo maté, me hice cargo del microfilme, y conseguí llegar solo a Canadá.

—¿Mató usted a su amigo sólo para conseguir que estos documentos lleguen al Pentágono o a la CIA?

Heinrich Glemser se pasó la lengua por los labios, asintió con la cabeza, y dejó ésta caída sobre el pecho. Brigitte, Número Uno, Pitzer, y los cuatro agentes de la CIA presentes en el chalé miraban sombríamente al alemán, cuya mortificación era evidente.

—Bueno, *Herr* Glemser —susurró por fin Brigitte—, cabe suponer que la importancia de los documentos justifique su acción.

—Lo dudo —jadeó Glemser—… Pero ya está hecho.

—¿Lo lamenta?

Glemser alzó lentamente su apagada mirada hacia Brigitte. Mirada que, de pronto, relució intensamente.

—Me he pasado la mayor parte de mi vida odiando a los rusos —susurró—… Pero trabajando para ellos, siempre a la espera de hacerles pagar algo de lo que hicieron en Alemania cuando terminó la guerra, y antes. Nunca he podido olvidar lo que vi. Y ese odio ha estado siempre como una brasa dentro de mi cuerpo… Llevo treinta y cinco años esperando la ocasión de descargar mi odio, pero nunca esperé que pudiera conseguir tanto, nunca creí que podría descargar tal golpe sobre Rusia. Tengo la esperanza de que cuando ustedes comprendan el contenido de ese documento la trayectoria de Rusia

habrá terminado. ¿Lamentar la muerte de Eugen? Sí, en parte. Pero quizás usted me comprenderá bien si le digo que hasta yo daría la vida con tal de que ese documento llegue al Pentágono.

—¿Tanto odio siente? —Se estremeció Brigitte.

—Sí. Tanto.

—Bien… De momento está usted vivo, y le garantizo que este documento va a llegar al Pentágono…, pasando, naturalmente, por la Central de la CIA. Y ahora, *Herr* Glemser, ¿qué podemos hacer por usted?

—¿Por mí? Nada… Bueno, llevarme a un lugar seguro y tranquilo de Estados Unidos, claro. No quiero nada más. Instálenme donde quieran, y déjenme relajarme y dormir. Necesito dormir…

—De acuerdo. ¿Le parece bien venir con nosotros a Estados Unidos, ahora mismo?

—¡Desde luego! —exclamó Glemser.

—Lo llevarán directamente a la Central —Brigitte se puso en pie—. Podemos partir ahora mismo, si lo desea.

—Pero… ustedes acaban de llegar, han viajado mucho…

—No se preocupe por eso. No hay nadie aquí que vaya a quejarse por unas cuantas horas de vuelo en helicóptero. Si tiene que recoger algo, hágalo, y nos vamos.

—No tengo nada que recoger.

—¿Ni siquiera la pistola con la que mató a Andreiev?

—Está en el fondo del mar. Todas mis cosas restantes las llevo encima…, y las que dejo atrás no me interesan.

—En tal caso, no tenemos por qué permanecer aquí ni un segundo más. Vámonos.

Brigitte se encaminó hacia la puerta, pero Número Uno se adelantó, la abrió, y salió en primer lugar, mirando a todos lados…

Pitzer apareció junto a él, y también echó un vistazo alrededor, murmurando, acto seguido:

—No creo que esto tenga nada que ver con Baby. De todos modos, conforme a mis instrucciones dadas por radio antes de llegar, este lugar está bien protegido, Uno.

—Así lo espero —dijo secamente Número Uno.

—Tranquilícese: no menos de ocho hombres están escondidos en un radio inferior a cien metros de este chalé. Si hubiesen notado algo sospechoso ya nos habrían avisado por la radio de bolsillo.

Número Uno asintió, y entró en el chalé, donde Brigitte le acogió con una deliciosa sonrisa divertida.

—¿Todo controlado? —preguntó, casi riendo.

—¿Qué ocurre? —se desconcertó Glemser.

—Nada importante. Simples medidas de seguridad por parte de personas que me quieren demasiado. Salgamos, *Herr* Glemser.

Número Uno hizo un gesto, y los cuatro agentes de la CIA se apresuraron a salir antes que Brigitte, lo que hizo reír nuevamente a ésta. Cuando ella salió, llevando a un lado a Uno y al otro a Glemser, los cuatro espías americanos se habían distribuido estratégicamente, mirando a todos lados; el piloto se dirigía hacia el helicóptero. Lo vieron subir al aparato, y ponerlo en marcha. Pronto sería de noche, y el airecillo era casi frío en aquel inicio de primavera.

Pitzer se dirigió hacia el helicóptero, se encaramó a él, y dejó abierta la puerta corredera, haciendo señas para que se acercasen.

La primera en dar un paso fue Brigitte.

Junto a ella, lo dio Número Uno.

Heinrich Glemser quedó escasamente rezagado, y Brigitte se volvió a mirarlo.

—¿Qué le…?

El sobresalto de la divina espía fue tremendo ante lo que sucedió a menos de un metro de ella… La frente de Heinrich Glemser reventó, explotó en un surtidor de sangre violentísimo. Durante una fracción de segundo, Brigitte vio los súbitamente desorbitados ojos del alemán, bizqueando atrozmente… En la siguiente fracción de segundo, Heinrich Glemser saltó hacia atrás mientras primero su cabeza y enseguida todo su cuerpo quedaba envuelto en una llamarada cuyo intenso calor le pareció a Brigitte una bofetada de fuego en pleno rostro…

Mientras el alemán caía hacia atrás convertido en sangrante antorcha horripilante, Número Uno saltaba llevándose consigo a Brigitte. Rodaron ambos por el suelo, alejándose de Glemser, que había caído de espaldas y ardía envuelto en humo negro y espeso. Se olía ya a carne quemada…

Número Uno se puso en pie, tirando siempre de Brigitte, y casi la arrastró hacia la casa. Entraron los dos, y Uno dijo:

—Quédate aquí.

—Pero…

—¡Quédate aquí!

Número Uno salió corriendo de la casa, pasando junto al ardiente cadáver sin concederle siquiera una mirada. En su mano relucía ya la pistola provista de silenciador. Los agentes de la CIA se habían lanzado al suelo, y miraban crispados y desorientados a todos lados. A cierta distancia se veía a varios hombres corriendo hacia el chalé. Pitzer había saltado del helicóptero, lívido como un muerto, y corría también hacia la casa…

Pitzer y Número Uno se cruzaron.

—¡Cuide de ella! —gritó Uno.

Pitzer asintió, aturdido. Hacía muchos años que el espionaje activo había terminado para él. Ni siquiera iba armado. Y su preocupación por Brigitte era tanta que ni siquiera reparó en lo gracioso que resultaba el hecho de que él tuviese que cuidar nada menos que de la agente Baby…, que por cierto había salido del chalé, pistola en mano, y gritaba:

—¡Uno, espérame…!

Ya encaramado al helicóptero, Número Uno la miró furiosamente.

—¡Vuelve adentro! —gritó; se volvió hacia el petrificado piloto —. ¡Y usted, arriba! ¡Vamos, vamos, arriba!

El helicóptero se elevó bruscamente, mientras Pitzer, que llegaba a la altura de Brigitte, la retenía por un brazo.

—¡Déjelo! ¡Él tiene razón, vuelva adentro!

—¡Suélteme! —Se enfureció Brigitte—. ¿Con quién cree que está tratando…?

Reanudó la marcha tras desasirse de la mano de Pitzer, pero el helicóptero estaba ya fuera de su alcance. Brigitte se detuvo, se quedó mirando hoscamente el aparato, y luego miró a los Simones que llegaban corriendo. Frunció el ceño, y regresó junto a Pitzer, que estaba demudado.

—Lo siento, tío Charlie —consiguió sonreír—. No era mi intención molestarle.

—Será mejor que entre en la casa —jadeó Pitzer.

Los ocho Simones llegaron ante el chalé, tan desconcertados como los que, cerca de éste, se ponían ya en pie y acudían hacia Baby. Nadie había oído nada, nadie había visto nada…, pero, frente

a la casa, el cadáver de Heinrich Glemser se iba convirtiendo en negras y pestilentes cenizas. Uno de los agentes de la CIA entró corriendo en el chalé, y salió al poco con una manta, con la que sofocó el fuego que consumía el cadáver, a riesgo de incluir la manta en el incendio…, lo que sucedió al fin. El hedor era terrible.

—Déjenlo —musitó Brigitte—… Todo es inútil.

—Le… le aseguro que… estábamos atentos a todo… —empezó uno de los espías del círculo exterior de protección.

Brigitte señaló hacia el lejano bosquecillo de abetos. La distancia era superior a los seiscientos metros.

—Estaban demasiado lejos de ustedes —murmuró—. Dispararon desde alguno de aquellos abetos. Naturalmente, con un rifle fuera de serie… Tan fuera de serie como el tirador que lo ha utilizado.

Pitzer se estremeció al pensar en aquel tirador. Un hombre capaz de acertar en la frente de otro hombre a más de seiscientos metros, con un solo disparo. Por supuesto, el rifle sería de altísima precisión, dotado de mira telescópica y cualquiera sabe qué aditamentos más, pero el tirador era absolutamente excepcional.

Brigitte, que pareció captar sus pensamientos, señaló hacia el pequeño punto reluciente que se alejaba de ellos en dirección al bosquecillo.

—Uno lo cazará —dijo, con tono convencido.

—Pero lo han conseguido —murmuró Pitzer—… Los rusos han cumplido su cometido. No pudieron matar a Andreiev con balas incendiarias, pero han matado a Glemser… ¡Por suerte, tiene usted el microfilme!

—Sí. Llegará a su destino, desde luego. El que no llegará muy lejos es el hombre al que está persiguiendo Número Uno…

* * *

—Allá va —señaló Número Uno—… La motocicleta. Acérquese.

El piloto asintió. Habían dado algunas vueltas sobre el bosquecillo, y de pronto habían visto aparecer la motocicleta, con un conductor en el sillín cuya pericia se puso pronto de manifiesto. La motocicleta parecía volar más que correr, salvando desniveles y elevaciones de un modo alucinante. El conductor llevaba pantalones tejanos y una cazadora de cuero con cuello de piel, podían verlo

perfectamente. Pero en pocos minutos sería de noche, y si para entonces no lo habían cazado, ya no lo conseguirían: todo lo que tendría que hacer el hombre sería ocultarse bajo cualquiera de los muchos abetos diseminados o formando grupos que había por allí. Apareció la corriente de agua. La motocicleta cruzó el arroyo con toda facilidad, voló de nuevo, rebotó, giró hacia la derecha, dejando pasar por encima el helicóptero. El piloto lanzó una maldición, y regresó en busca del motociclista, al que divisaron a los pocos segundos.

—Está loco —masculló el piloto—… ¡Se va a matar!

—Descienda más, acérquese a él todo lo que pueda.

El piloto obedeció. En determinado momento estuvieron tan cerca del motociclista que incluso pudieron ver el color rubio de sus cabellos, tan largos que aparecían por el borde inferior del casco. La mirada de Número Uno fue hacia la matrícula de la motocicleta, y de nuevo hacia el motorista. Podía matarlo en aquel mismo momento, pero no era ésa su intención; lo quería vivo…, si era posible. Y si disparaba entonces, aunque fuese contra la motocicleta, el batacazo del conductor podía ser mortal.

—Baje un poco más, acérquese más…

—Pe-pero, ¿qué… qué piensa hacer usted…?

—¡Baje más, le digo!

El piloto estaba lívido. Se acercó tanto que el helicóptero parecía correr por el campo junto a la motocicleta. De pronto, el motorista volvió la cabeza. A través del cristal plástico del casco, Número Uno vio el brillo de sus ojos, y hasta le pareció ver el relumbrón de unos dientes blancos y grandes. Apretó los labios, abrió del todo la puerta corredera…, y entonces el motorista cambió de dirección tan bruscamente y con tal pericia que fue como si hubiera desaparecido. El helicóptero pasó como una exhalación, dejando atrás al motorista. El piloto lanzó una maldición referente a la madre del motorista, y comenzó a maniobrar para regresar, elevándose para dominar mejor el terreno.

Pero Número Uno, que se había vuelto para seguir con la mirada al motociclista, exclamó de pronto:

—¡No, no! ¡No suba, baje…! ¡Baje!

—¡Pero…!

—¡Apártese de ahí! —gritó Uno, casi arrancando al piloto de los

mandos, y empujándolo hacia la parte de atrás.

El helicóptero pareció sacudido por un tremendo golpe, pero se enderezó rápidamente cuando Uno tomó los mandos y descendió poco menos que a plomo. El piloto, que se había puesto en pie tras la caída, vio de pronto al motorista, a unos ciento cincuenta metros. Ya no huía: había saltado de la moto, y les estaba apuntando con un rifle, cuya lente del visor telescópico lanzó unos destellos… El piloto palideció cuando la comprensión de lo que en todo momento había estado tramando el motorista llegó por fin a su mente…, y quedó lívido cuando recordó qué clase de tirador era aquel hombre.

En el momento en que veía la nubecilla de humo brotando de la boca del rifle, el estómago del piloto pareció volverse al revés, pues el helicóptero descendió de nuevo a peso muerto no menos de ocho metros. Esto evitó que la bala incendiaria alcanzase al aparato. Un segundo más tarde, se producía el impacto del helicóptero contra el suelo, pero ya no a peso muerto, sino retenido en lo posible por las maniobras de Número Uno a los mandos. Aun así, tanto Uno como el piloto fueron sacudidos brutalmente, derribados dentro del helicóptero.

Los rostros de ambos quedaron enfrentados.

—Salte —jadeó Número Uno—… ¡Salte!

Rodó sobre sí mismo, y cayó fuera del helicóptero, echando a correr inmediatamente, cojeando, hacia un par de abetos. El piloto saltó tras él, y también echó a correr. Uno se detuvo, se volvió, y su mirada se clavó en el motorista, que a ciento cincuenta metros estaba apuntando de nuevo… Se produjo el disparo, y el helicóptero se convirtió en el acto en una rugiente llamarada, que envolvió el depósito del combustible y lo hizo explosionar, con fuerte estruendo. La ya inminente noche se tiñó de rojo. El piloto se volvió, pero respingó al oír a Número Uno.

—¿Qué demonios hace? ¡Protéjase, estúpido! ¡Al suelo!

Número Uno ya estaba en el suelo, y reptando rápidamente hacia los abetos. El piloto lo siguió, se reunió con él, jadeante, protegiéndose tras el grueso tronco. Número Uno sacó la pistola por un lado del tronco, mascullando:

—No vendrá… Es muy listo. Sabe que a esta distancia no puedo alcanzarle con una pistola, está fuera de todo riesgo… Se ha desembarazado de nosotros, que es lo que quería, y ahora se irá…

Pero si viene…

El motorista no vino. Simplemente, continuó su fuga.

Capítulo V

La magnífica quinta estaba construida casi tocando el río Potomac, bastante distante de Washington. Rodeada de un inmenso jardín atestado de pinos formando un anillo, habría sido imposible para cualquiera acercarse a menos de media milla sin ser detectado por el formidable servicio de vigilancia montado por la CIA, el Servicio de Seguridad, y un pelotón de hombres especiales de la Policía Militar.

Sin embargo, el pequeño helicóptero no tuvo problema alguno para aterrizar junto a otros helicópteros de mayor tamaño y algunos automóviles enormes, blindados, que esperaban frente a la mansión. El piloto se había comunicado previamente por radio, identificándose como portador de la persona que todos estaban esperando en la casa.

Desde las ventanas de ésta, un grupo de hombres, todos de paisano, pero algunos de ellos con el inconfundible aire militar, observaron la toma de tierra del helicóptero, y vieron acto seguido a la mujer que saltó del aparato: alta, esbelta, ataviada con un «mono» azul pálido que contrastaba con su roja cabellera.

—Ahí la tenemos —comentó alguien.

Detrás de la mujer saltó un hombre menudo, vestido normalmente, con discreción. Calvo, esmirriado.

—¿Y ése quién es?

—Su jefe de Sector: Charles Alan Pitzer.

—¿Y qué hace aquí ese hombrecillo, Cavanagh?

Mister Cavanagh, jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, y por tanto jefe absoluto de Baby, y sobre todo viejo y querido amigo de muchos años, miró con gesto casi divertido a su interlocutor.

—Pregúnteselo a Baby, general. Aunque yo de usted no lo haría: si Baby lo trae con ella, acéptelo, eso es todo. Entre otras cosas, porque ese «hombrecillo» es una de las personas más queridas por

nuestra espía número uno.

—Eso no es razón para…

—Por favor, discuta con Baby, no conmigo, general.

Augustus Godliman frunció el ceño, y volvió a mirar hacia el exterior. La pelirroja y espléndida muchacha caminaba hacia la casa tomada del brazo de Pitzer. Godliman creyó percibir en aquella pelirroja algo familiar, pero no supo qué. Quizás era el modo de caminar…

Medio minuto más tarde, la agente Baby era introducida en el amplio salón, siempre acompañada de Pitzer. Godliman se quedó mirándola especulativamente, todavía ante el ventanal, mientras los demás acudían al encuentro de la bellísima pelirroja de ojos verdes como esmeraldas. Sí, le resultaba familiar, pero… Godliman frunció de nuevo el ceño cuando vio a Cavanagh acercarse a Baby, y ésta, sonriendo, le besó en ambas mejillas. Luego, siempre sonriendo, aceptó las manos de algunos de los presentes, todos ellos titulares de los más altos cargos del Consejo Directivo de la CIA. Muy bien, se trataba nada menos que de la agente Baby, pero… ¿había que darle tanta importancia a una espía?

Augustus Godliman se acercó, como de mala gana, y Cavanagh lo presentó, conteniendo una sonrisa.

—El general Godliman, al que sin duda ya conoce usted, Baby.

—¿Cómo está, general? —Casi rió la pelirroja.

—Muy bien, gracias. Tengo la impresión de que nos conocemos de alguna otra ocasión, pero no consigo recordar…

—Ya recordará, no se preocupe. Aunque de todos modos, lo que importa no es quién soy yo, sino lo que traigo. ¿No es cierto?

Augustus Godliman sintió como un leve frío en la espalda al oír esto mientras captaba la hipócrita sonrisa de la espía… ¿Era posible que ella hubiese adivinado sus últimos pensamientos?

—Me parece que sí es muy importante lo que trae usted —murmuró—…, lo que no impide que usted también lo sea. Aunque dados nuestros diferentes ambientes nunca nos hemos relacionado, sé perfectamente que usted es algo así como… la pieza clave de nuestro espionaje mundial.

—¡Qué amable es usted, general! Ah, permítame presentarle al señor Pitzer, jefe de la CIA en la Sector New York. Me he permitido rogarle que me acompañara porque me gusta su compañía…, y

porque es más que posible que en esta reunión en la que entiendo hay varios analistas, él pueda ser de utilidad. Es un viejo zorro, general.

—Sí, entiendo, claro… ¿Cómo está, Pitzer?

—Bien, gracias.

Godliman se volvió, sorprendido, al escuchar el inconfundible descorche de una botella de champaña. ¿Qué ocurría allí? Hasta entonces, todos habían estado bebiendo *whisky*…

—¡Champaña! —oyó exclamar a Baby—. ¡Qué encantador detalle, caballeros!

Se dirigió hacia donde Cavanagh acababa de descorchar la botella y estaba sirviendo champaña en tres copas, dentro de cada una de las cuales había una guinda roja. Baby tomó la copa que le tendía Cavanagh, se la pasó a Pitzer, y tomó la siguiente. Cavanagh, que había estado esperando a la espía para beber con ella, alzó la tercera.

—Todos deberíamos brindar con champaña, es cierto —dijo uno de los hombres.

Baby lo miró amablemente.

—¿Lo cree usted así, senador? ¿Por qué motivo?

El hombre se desconcertó.

—Bueno, todos hemos escuchado el informe que usted grabó y envió por delante, a fin de no perder el tiempo en explicaciones de detalles cuando llegase con ese microfilme… Y por lo que usted misma explica que dijo Heinrich Glemser parece que en cuanto hayamos comprendido el significado de ese documento la trayectoria de Rusia habrá terminado… ¿Entendí mal?

—No.

—¿Y eso no le parece digno de un brindis con champaña?

—Yo no estoy brindando, senador. Simplemente, tenía un poco de sed, y el señor Cavanagh, que conoce mis gustos, ha tenido la gentileza de ofrecerme champaña en lugar de *whisky* o simple agua. Eso es todo. No estoy brindando por nada. Pero si desean brindar conmigo por algo, me parece bien: brindo por la paz. ¿Les gusta el brindis?

Se hizo un denso y largo silencio. Cavanagh apretó los labios para retener su sonrisita, y Pitzer se limitó a mirar al suelo. Godliman se adelantó de nuevo hacia Baby.

—Es un brindis a tener en cuenta —dijo—. Pero, en definitiva, todos estamos reunidos para enterarnos del contenido de ese documento, y opino que podríamos dejar cualquier brindis para después. ¿Lo ha traído usted?

—Naturalmente.

—En ese caso, todos le agradeceríamos que lo pusiera en manos de los expertos que están esperando para traducirlo y analizarlo, si es que eso resulta necesario. ¿Le parece bien?

Godliman había señalado hacia el grupo de hombres que, junto a una mesa en la que había varios visores, una fotocopiadora, y otros aparatos, esperaban en silencio. Baby asintió. Uno de los hombres se acercó, tomó la cápsula con el microfilme, y salió del salón, para obtener copias, que serían distribuidas en original y en traducción más tarde, mientras el microfilme origen de todo sería escrupulosamente analizado y estudiado.

—Le estamos muy agradecidos —dijo Godliman—. Sin duda debe de estar usted muy cansada.

—Bastante —admitió Baby—. Por lo que, si me disculpan, me retiraré a dormir un poco a uno de los dormitorios. ¿Serán tan amables de avisarme cuando todo esté a punto de ser comentado?

De nuevo se hizo el silencio. Augustus Godliman sonrió con cortesía matizada de ironía.

—Esperamos poder proseguir este asunto sin su estimada colaboración, señorita, por lo que no debe usted fatigarse más. Naturalmente, si está demasiado cansada para regresar ahora mismo a su domicilio, puede descansar arriba unas horas. Y también su acompañante, el señor Pitzer.

—¿Cómo va su campaña para la presidencia, general? —preguntó suavemente Baby.

—¿Mi…? Oh, bien… Sí, bien… Regular.

—Regular. Entiendo. Bueno, al parecer todavía no es usted presidente de los Estados Unidos, ¿verdad?

—Claro que no —respingó Godliman—… ¡Claro que no!

—Entonces, general, espere a serlo para darme órdenes a mí, o llame al señor Carter y pregúntele si él me excluye de esta reunión. Y mientras usted pierde el tiempo en eso, yo descansaré. Hasta luego, caballeros.

La pelirroja salió del salón, acompañada de Pitzer…, mientras

Cavanagh miraba disimuladamente a Godliman, que había enrojecido intensamente.

* * *

Hacia las cuatro de la tarde, la pelirroja abrió los ojos al simple contacto de un dedo en su barbilla, justo sobre el gracioso hoyuelo vertical. Enseguida, sonrió. Cavanagh, retiró el dedo, y también sonrió.

—Todo está preparado —dijo—. La esperan.

—¿Pese al general Godliman?

—El señor Carter está por encima del general Godliman. De todos modos fue usted muy dura con el general: todavía le dura el sofoco.

—El general Godliman me hizo hace unos meses ciertas proposiciones que me desagradaron. Ya se ganó entonces un buen chasco[4].

—Pero el actual ha sido demasiado duro para él, y delante de colegas militares y otras personalidades.

—Solamente he querido fijar posiciones. Usted sabe que no suelo ser altanera, pero si nos preguntásemos quién ha hecho más por Estados Unidos, si el general Godliman o yo, ¿quién ganaría?

—Usted, sin duda —aseguró Cavanagh—. Lo malo de esto es que cabe la posibilidad, dada la respuesta del presidente autorizando su permanencia en la reunión, de que Godliman piense que está usted… espiando la reunión para trasladar el informe directamente al señor Cárter.

—¡Esto es sorprendente! —exclamó Brigitte—. ¿Acaso el señor Carter no va a ser informado extensamente sobre la reunión sin que yo tenga que hacer de mensajera?

—No lo sé —murmuró Cavanagh.

—¡¿Cómo que no lo sabe?! —Se sentó la espía en la cama de un salto—. ¿Qué quiere decir con eso?

—El general Godliman tiene ambiciones presidenciales, como usted bien sabe, y a poco que pueda intentará reservarse los mejores triunfos para sí mismo. De todos modos, no me haga demasiado caso: el general Godliman no dirige la reunión él solo, claro está… Pitzer nos está esperando abajo.

Brigitte Baby Montfort se quedó mirando fijamente a su viejo amigo Simón, actualmente jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA. Ambos se conocían muy bien, había entre ellos afecto y respeto. Pero en esta ocasión, Cavanagh parecía mostrarse muy reservado.

—Muy bien —murmuró la espía—. Vamos a ver qué pasa abajo.

En el vestíbulo se reunieron con Pitzer, que también había descansado unas horas, y entraron en el salón, donde la conversación era, más que animada, excitadísima. Se hizo un súbito silencio al entrar los tres, todos quedaron inmóviles. De pronto, el más alto representante de la CIA en la reunión se acercó presurosamente a los recién llegados.

—El señor Carter debe ser informado inmediatamente de esto —dijo vivamente—… ¡Es increíble!

—¿Qué es lo increíble?

—¡Los rusos están inermes! ¡Están vencidos!

Brigitte recordó las palabras de Heinrich Glemser, su alegría ante la seguridad de que Rusia podía recibir un golpe mortal. Pero ¿inermes los rusos? ¿Vencidos?

—¿Vencidos? —murmuró.

El general Godliman, que se había acercado lentamente, intervino en la conversación:

—No sólo el señor presidente, sino todo el país…, y hasta yo diría que todo el mundo debería ser informado de esto. Aunque, por supuesto, desde un punto de vista estratégico nuestro, esa información no conviene que sea divulgada.

—No entiendo nada —movió la cabeza Brigitte—. Pero lo entenderé si me lo explican bien desde el principio. ¿Quién va a ser tan amable de hacerlo?

—Sin duda alguna, el general Godliman es el más indicado.

—Pues escucho con gran atención al general Godliman… ¿Me da alguien un cigarrillo?

Cavanagh se apresuró a hacerlo. Godliman señaló hacia la mesa donde se había estado trabajando, y alrededor de la cual habían estado conversando. Sobre la mesa había fotografías del texto ruso, y de la traducción, así como otros papeles que mostraban firmas ampliadas. Godliman señaló estas firmas.

—Pertenecen a documentos de determinados tratados

antinucleares entre Estados Unidos y Rusia. Todas ellas son de militares y personalidades políticas de Rusia. Estas copias fotográficas ampliadas que ve usted han sido obtenidas de los documentos que obran en poder de Estados Unidos, mientras usted descansaba. En definitiva, son firmas genuinas, legales y auténticas de esas personalidades rusas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora, examine estas otras… Son también ampliaciones fotográficas de las firmas que figuran en el documento microfotografiado que usted nos ha traído. ¿Quiere comparar las firmas? No hace falta que sea usted una experta calígrafa, ni nada parecido: simplemente, compare las firmas.

Godliman puso ante Brigitte las otras firmas. La espía estuvo mirando unas y otras, es decir, las que habían sido copiadas de los documentos de tratados antinucleares, y las que constaban en el microfilme sacado de Rusia por Eugen Andreiev Raskolnikoff. Invirtió en ello casi dos minutos, fumando pensativamente. El silencio era total.

Por fin, Brigitte miró a Godliman lentamente.

—Seis de las firmas de los tratados antinucleares constan también en el microfilme que yo les entregué antes —murmuró.

—Exactamente. Lo que significa que seis de los hombres que pusieron su firma en los tratados antinucleares la han puesto también en el documento de Andreiev. Dicho de otro modo: ¿dudaría usted de la veracidad del documento de Andreiev tras haber comprobado estas firmas?

—No… Desde luego, no. Pero permítame una aclaración, general: estas firmas ¿han sido identificadas plenamente por nuestros expertos calígrafos?

—Así es —intervino otro de los presentes—. Nosotros no tenemos la menor duda al respecto.

—Muchas gracias —asintió Brigitte—. Siga, general.

—Podemos deducir, de todo lo hablado hasta ahora, que el documento de Andreiev es auténtico, ¿no le parece? Quiero decir que su veracidad está fuera de toda discusión.

Brigitte parpadeó. Había llegado el momento de la gran revelación.

—¿Qué dice ese documento? —susurró.

—Ese documento es una petición al Presidium soviético firmada por varios de los más importantes componentes del Comisariado de Contraofensiva Nuclear de la URSS, y del cual, como usted debe de saber, formaba parte Eugen Andreiev.

—Sí. ¿Cuál es la petición?

—Petición de poderío nuclear auténtico, de una vez por todas.

—No comprendo.

—¿No comprende? —Godliman estaba exultante, excitado—. ¡Pues está bien claro! Todo esto significa exactamente que hasta ahora Rusia nos ha estado tomando el pelo a todos… ¡No a los Estados Unidos solamente, sino a todo el mundo! Todo su tan cacareado poderío atómico es falso…

—Vamos, general, ¡no diga tonterías! —Palideció Brigitte.

—¡No son tonterías! —Una mano de Godliman golpeó los documentos extendidos sobre la mesa—. ¡Está escrito aquí, esto es una petición del Comisariado, una exigencia en el sentido de que el Presidium debe, por fin, dedicar los adecuados presupuestos para el logro del armamento nuclear que se supone que ya existe en Rusia! Es más, se dice bien claramente que el adelanto de nuestro espionaje científico espacial puede llegar a comprobar esa inexistencia de poderío atómico antes de dos años… ¡Esto no es ninguna tontería!

—No grite, por favor, general.

—¡No puedo evitar gritar! ¡Por todos los demonios, le estoy diciendo a usted que tenemos al enemigo vencido de antemano! ¿Es que no puede entenderlo? Todos estos años…, todos estos malditos años se han estado marcando faroles, como si estuviesen jugando al póquer. ¡No tienen casi nada! No disponen ni siquiera de la décima parte de lo que parecen indicar todas las informaciones… Durante la Segunda Guerra Mundial, se construyeron en Inglaterra campos de aviación y de tropas simulados, de cartón-piedra y madera, para que los reconocimientos alemanes aéreos fuesen engañados. ¡Sólo había madera y maquetas…, incluso los aviones eran de madera, pero desde el aire se veían como si fuesen auténticos! Y eso es lo que han estado haciendo los rusos durante todos estos años, asustándonos con un poderío… de cartón-piedra. Es como… como si un mendigo robase un traje de mil dólares y se lo pusiera. ¿Significaría eso que era millonario? ¡Todo lo que habría hecho

sería dar una imagen que no correspondía a la realidad! Cualquiera, al verlo con un traje de mil dólares, pensaría que era un hombre adinerado, pero…, ¿qué habría tras el traje robado? ¡No habría nada, no habría ni un miserable centavo en los bolsillos! ¿Lo entiende? ¿Lo entiende por fin? Todo… todo ese cacareado poder militar ruso es falso en cuanto a poderío nuclear. ¡Maldita sea, es falso, no tienen nada comparado con lo que tenemos nosotros! ¡Sólo tienen cartón-piedra! ¡Pero eso sí, en cuanto se les presenta la ocasión, se lanzan uno de sus faroles, y aquí estamos nosotros, acobardados, encabronados con esa creencia de igualdad de potencia bélica que durante todos estos años ellos han estado fabricando! Han mentalizado al mundo en el sentido de que son iguales a nosotros en poderío nuclear…, ¡y son solamente unos enanos!

Brigitte aspiró profundamente, y se dejó caer en un sillón. Durante unos segundos reinó de nuevo el silencio en el salón. Por fin, la espía, lívida, murmuró:

—¿Cómo podemos saber que lo falso no es el documento de Andreiev?

La expresión de pasmo fue colectiva. Godliman, que ya estaba sofocado por la excitación, enrojeció intensamente.

—¿Falso el documento de Andreiev? Pero… ¿usted sabe lo que está diciendo?

—Es sólo una sugerencia, una… posibilidad.

—¿Una posibilidad? Muy bien, quizás usted está pensando que los rusos se las han arreglado para que este documento llegue a nuestro poder. Pero dígame: ¿con qué objeto?

—Eso es imprevisible.

—¿Imprevisible? —Godliman alzó los brazos—. ¡Imprevisible, dice usted! ¡Por todos los demonios, lo único que pueden conseguir los rusos con esto es que nosotros nos envalentonemos, les ataquemos y acabemos con ellos de una vez por todas! Y no me diga que se trata precisamente de una provocación en ese sentido, porque para poner en marcha una guerra nuclear no necesitan hacer tanta comedia. Quizás usted está olvidando precisamente su propia última operación, que ha culminado con la consecución del documento de Andreiev… ¿Ha olvidado que los rusos distribuyeron mil hombres, quizá más, en toda la Costa Este? ¿Ha olvidado que

parecían todos unos insensatos lanzándose descaradamente nada menos que en Estados Unidos en masa? Y seguramente, también han estado buscando a Eugen Andreiev en Europa, y en el resto del mundo. ¡Claro que querían encontrarlo, claro que querían matarlo con balas incendiarias para destruir el microfilme o lo que llevase encima! Y ahora… ¿Sabe cómo están los rusos ahora? Yo se lo diré: ¡los tienen aquí! —Godliman se llevó una mano a la garganta—. Y si, en cambio, creen que destruyeron el documento al matar a Heinrich Glemser, tanto mejor para nosotros. ¡Sólo tenemos que dejar caer nuestra bota sobre Rusia, y su amenaza habrá terminado para siempre esta vez!

—¿Qué está insinuando usted? —Respingó Brigitte.

—¡Insinuando! ¡Estoy diciendo claramente que seríamos unos imbéciles si no aplastásemos inmediatamente a un enemigo vencido que nos ha estado tomando el pelo durante años y años!

—¿Quiere decir… atacar a Rusia?

—Atacarla, no: demolerla, ocuparla, dominarla. ¡Y podemos hacer eso en un abrir y cerrar de ojos!

—¿A costa de qué?

—¿Qué?

—He preguntado que a costa de qué. Porque supongo que no pensará usted que Rusia se rendirá en cuanto reciban una amenaza. Aunque fuese cierto que sólo tienen el diez por ciento de lo que hasta ahora todos hemos creído…, utilizarán ese diez por ciento. Lucharán con uñas y dientes hasta el final. ¿Se da cuenta de lo que eso significaría, general? Usted es un buen militar, un gran estratega, es el más indicado para contestar mi pregunta: ¿qué significaría todo eso?

—Una corta guerra, con nuestra rápida victoria definitiva.

—Puede que la guerra no durase esta vez seis años —asintió Brigitte—, pero tampoco morirían solamente quince o veinte millones de personas, sino quizá doscientos millones, o quizá dos mil. Y Estados Unidos pagaría muy buena parte de esas vidas. Mi consejo es que olviden el documento de Andreiev.

—¿Su consejo? —Se pasmó Godliman—. Pero… ¡¿quién se ha creído usted que es?! ¡Estamos aquí reunidos los más significados militares de las fuerzas norteamericanas… y usted nos da consejos!

Brigitte parpadeó.

Luego, paseó la mirada por los ojos de los restantes hombres reunidos, y captó perfectamente la situación: todos pensaban que ella se estaba excediendo absurdamente, que era una ilusa y una engreída…, y que no era nadie para dar consejos a los allí reunidos.

Una espía.

Nada más.

Fuera de esta actividad, su voz no sería escuchada, en absoluto. En realidad, aquellas expresiones decían bien claramente que ella estaba sobrando allí, que su presencia y sus servicios ya no eran necesarios ni en modo alguno estimados.

—Les comprendo a ustedes —murmuró, poniéndose en pie—. Pero todavía voy a darles otro consejo: antes de ponerse a pensar seriamente en esa catastrófica guerra, asegúrense bien de que el documento Andreiev contiene la verdad.

—¡No puede ser de otro modo! —zanjó secamente Godliman—. Lo contrario sería absurdo y estúpido además de suicida por parte de los rusos.

—Muy bien. ¿Cuándo empezarán esa guerra? ¿Mañana? ¿Esta misma noche?

—Claro que no —sonrió malignamente Godliman—… No tenemos por qué precipitarnos. No viene de un día. Y de todos modos, señorita, esto ya no es cuenta de usted.

—Son puntos de vista —lo miró fríamente Brigitte—. A fin de cuentas, yo podría ser una de las personas muertas en esa guerra, ¿no es cierto? Así que es cuenta mía, aunque sólo sea desde un punto de vista… personal. Y como no me gustaría morir de un modo tan estúpido y cruel, no pienso permanecer inactiva.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Godliman.

—Usted es militar, y yo soy espía. Hagamos cada cual nuestro trabajo, eso es todo.

—¡Usted no hará nada! ¡Ahora mismo llamaremos al señor Carter para que él personalmente le prohíba cualquier actividad desde este mismo instante!

—El señor Carter tendrá que hacer algo más que prohibírmelo. En cuanto a usted personalmente, general, parece que todavía no ha llegado a conocerme bien, pese a nuestros dos enfrentamientos. Caballeros: muy buenas tardes.

Capítulo VI

El helicóptero se posó en la terraza del Crystal Building, y Brigitte, ya sin peluca ni lentillas de contacto de color verde, se dispuso a saltar. Pitzer la sujetó de un brazo.

—¿Qué piensa usted hacer? —murmuró—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, tío Charlie. Pero algo pensaré.

—No se puede hacer nada… ¡Nada! Ese documento comenzará a dar vueltas por el Pentágono, por la Casa Blanca, por el Senado… ¡Yo qué sé! Es como… como si uno se hubiera pasado la vida temiendo al león y de pronto descubre que el león está ciego. Rusia es el león… ¡Y ahora que saben que está ciego, querrán acabar con él! Puede que la estrategia bélica se demore una semana, quizás un mes… Ya no importa. Pueden hacer las cosas después de estudiarlas mucho…, pero las harán. ¡Lo harán, Brigitte!

—En ese caso, posiblemente moriremos dos mil millones de personas. Buenas noches, tío Charlie.

Lo besó en una mejilla, le sonrió, y saltó del aparato. Un minuto más tarde entraba en su apartamento. Peggy, su ama de llaves, acudió presurosamente a su encuentro, y Brigitte comprendió.

—¿Ha llamado él, Peggy?

—¡Sí, señorita! Ha dejado un mensaje para usted, pero es tan corto que no he tenido necesidad de apuntar nada. El mensaje dice: sigo en ello, estoy bien.

—Gracias, querida. Voy a bañarme, necesito relajarme. ¿Me preparas una cena ligera mientras tanto, por favor?

—Enseguida.

—Y no estoy para nadie… Absolutamente para nadie, salvo para Uno, naturalmente.

—Sí, señorita.

Número Uno llamó cuando Brigitte estaba relajándose, que

buena falta le hacía, en un baño casi exageradamente caliente. Atendió la llamada en el teléfono del cuarto de baño.

—¿Sí, mi amor?

—Ya ves que sí —sonrió—. He regresado y estoy bien. ¿Cómo estás tú? ¿Y dónde estás?

—¿Ya estás en Estados Unidos? Bueno, no me sorprende en ti, siempre trabajas deprisa y bien…

—¿…?

—Me estoy bañando —rió la divina—. Cuando termine cenare algo ligero y me acostaré, de modo que no te preocupes por mí. No haré nada hasta que tú me llames. ¿Te están apoyando bien mis Simones, o tengo que llamarlos al orden?

—Claro. Te tienen mucho respeto…, y hasta un poco de miedo. Trátalos bien. Quiero… pedirte un favor: si en cuarenta y ocho horas no has conseguido nada, vuelve. Tenemos cosas que hacer aquí.

—¿…?

—Es muy largo de explicar. ¿Lo harás?

—Gracias. Buenas noches. Te amo.

Colgó el auricular, y quedó pensativa. Los pensamientos de Número Uno y los de ella discurrían siempre con un paralelismo que sorprendería a cualquiera, y generalmente, acertaban. Pero también podían equivocarse los dos…

Eran casi las once de la noche cuando Brigitte se acostó. Pero fue una noche de insomnio casi total, se la pasó dándole vueltas al asunto del documento Andreiev. Por supuesto, tenía que ser un documento auténtico, ya que nadie podía ser tan cretino de poner en circulación una falsificación de ese estilo, que por perfecta que fuese siempre resultaría burda. El documento Andreiev era auténtico, sin la menor duda. Pero… ¿era creíble su contenido? ¿Era posible que durante tantos años los rusos hubiesen estado engañando a todo el sofisticado y perfeccionadísimo sistema de espionaje norteamericano? Si esto había ocurrido, había que quitarse el sombrero ante los rusos. Pero ahora lo iban a pagar todo muy caro… Una semana, un mes, y Rusia sería aplastada. Bueno, Rusia y medio mundo, claro, incluyendo buena parte de los Estados Unidos.

Con estos pensamientos dando vueltas en su cabeza no era

extraño que Brigitte Montfort no consiguiera dormir. Buscaba soluciones, pero, realmente, ella era una insignificancia comparada con lo que se estaba preparando. Sí, disponía de amigos en todo el mundo; amigos de todas clases. Y disponía de la L. O. U., la organización que ella misma estaba poniendo en marcha cada vez con mejores resultados… Disponía de muchas cosas…, pero de ninguna manera podría detener el aparato militar norteamericano en cuanto se pusiera en marcha.

Imposible.

Cuando Brigitte se durmió eran casi las seis de la mañana.

* * *

A las once y cuarto estaba haciendo *jogging* en Central Park, como tenía por costumbre últimamente, aunque hacía ya días que no recurría a este relajamiento. Correteó alrededor de los lagos, por los paseos, bajo la sombra de los árboles… Parejas de enamorados, niños jugando, personas de edad madura tomando el sol, turistas con cara de pasmados, vendedores, globos, flores… Una sola de las pocas bombas rusas podía terminar con aquello en un segundo. Y lo mimo podía suceder con los Campos Elíseos de París, el Corcovado de Rio de Janeiro, el Retiro de Madrid, Hyde Park de Londres, el Coliseo de Roma… Y alrededor de todo esto, millones de personas. ¿Cien, doscientos, mil millones? ¿Dos mil millones?

Su estado de ánimo cuando cruzó la Quinta Avenida hacia el Crystal Building no era precisamente alegre. Se sentía deprimida y cansada. Entró en el vestíbulo pensando que quizá Número Uno hubiese conseguido ya algún resultado; si él no lo conseguía, nadie podría conseguirlo…

En su puesto de conserje de edificio importante, el viejo Pete le dirigió un saludo afectuoso, sin dejar de conversar con una pareja de aspecto elegante. Ella correspondió, pero como no tenía ganas de conversación continuó caminando hacia el ascensor que cubría el recorrido entre los pisos veinte y treinta del edificio… Se volvió al oír la llamada del portero.

—¡Señorita Montfort!

—¿Sí, Pete?

—Por favor, espere un segundo. —Pete salió de su mostrador

reluciente, haciendo una seña a la pareja para que le siguieran—… ¿Le importa que suban con usted estos señores? Van al piso veintitrés, a ver al señor Davenport.

—Ah, muy bien. Claro que no me importa. Pasen, por favor.

—De ninguna manera —sonrió el hombre—. Usted primero. Es muy amable, señorita.

Entró Brigitte en al ascensor, luego la mujer, luego el hombre. Las puertas se cerraron. Brigitte pulsó el botón del piso veintitrés, y sonrió con circunstancial cortesía a la mujer, que la miraba como cohibida. Era una pareja agradable, joven. Él no debía de tener más de treinta años.

—¿Son amigos del señor Davenport? —preguntó Brigitte, por cortesía.

—Bueno, no en realidad —dijo la muchacha—… Venimos dispuestos a comprarle su apartamento. Quizá pronto seamos vecinos.

—Ah, magnífico. No sabía que el señor Davenport…

El hombre se acercó de pronto a Brigitte, y la sujetó por los brazos fuertemente, pasando tras ella.

—¡Ahora! —jadeó.

En la mano derecha de la mujer chascó el mecanismo de una navaja, y apareció la hoja, reluciente, aguda. La mujer echó la mano hacia atrás, mirando el vientre de Brigitte…

Brigitte reaccionó con la facilidad y rapidez del largo entrenamiento de tantos años defendiendo su vida: alzó el pie derecho, calzado con la zapatilla deportiva, y la punta se hundió, con escalofriante fuerza, en pleno sexo de la mujer, que emitió un alarido, se encogió, y cayó de rodillas, soltando la navaja. El hombre lanzó una exclamación de sobresalto, y, enseguida, una de dolor cuando Brigitte echó con fuerza la cabeza hacia atrás, golpeando con la parte posterior la nariz del hombre. La presión de los brazos de éste cedió lo suficiente para que Brigitte pudiera golpear con el codo hacia atrás, describiendo un arco que terminó en el hígado del sujeto, que volvió a lanzar un bramido de dolor. La presión de sus brazos cedió aún más… Brigitte giró todavía dentro del cerco que formaban los brazos masculinos, quedando de frente a su antagonista. Su rodilla derecha subió, se incrustó en el bajo vientre del hombre, que volvió a resoplar, y su abrazo cedió tanto

que Brigitte pudo zafarse por fin del cerco, mientras oía tras ella el jadeo de la mujer.

Se volvió velozmente, y la vio incorporándose, de nuevo la navaja en su mano.

No titubeó ni un instante: su mano derecha descendió sobre la cabeza de la mujer, se oyó un seco crujido, y la mujer se desplomó, soltando de nuevo la navaja, muerta en el acto. Brigitte cayó de rodillas, agarró la navaja, y se volvió hacia el hombre, que, demudado el rostro, todavía encogido debido al terrible dolor en sus genitales, estaba sacando una pistola.

El brazo de la espía se movió hacia delante y arriba, con fuerza, brutalmente, y la navaja se hundió en la parte inferior de la barriga del hombre. Brigitte retiró la navaja, vio la desencajada expresión agónica del sujeto, pero vio también que la pistola ya estaba fuera de la funda axilar… De nuevo clavó la navaja, con más fuerza, un poco más arriba.

La pistola escapó de la mano del hombre, sus ojos casi saltaron de las órbitas, de su boca brotó un quejido de animal, infrahumano, tremolante. Brigitte retiró la navaja, dispuesta a clavarla de nuevo, pero no hizo falta: el hombre se desplomó sobre ella, resbaló por un lado de su espalda, y cayó encogido en el piso del ascensor.

El ascensor se detuvo.

Brigitte volvió su desorbitada mirada hacia el hombre, y luego hacia la mujer. Luego, miró el indicador luminoso del ascensor. Piso veintitrés. Ah, sí, el señor Davenport… Se puso en pie, y pulsó el botón del piso veintisiete tras esperar que las puertas automáticas se abrieran y cerraran.

Piso veintisiete. Las puertas se abrieron. Brigitte agarró al hombre por la ropa del cuello, con una mano, y a la mujer por los cabellos con la otra, y tiró de ellos, sacándolos del ascensor. Las puertas de éste se cerraron. No había nadie en el amplio pasillo. Brigitte continuó tirando de los dos cadáveres hacia la puerta de su apartamento. No había cuidado con la mujer, pero las heridas del hombre rezumaban ya sangre, a lentos borbotones contenidos por la ropa. Quizá pudiese llegar a su apartamento antes de que la sangre llegase al suelo del pasillo.

Se detuvo ante la puerta de su apartamento, y pulsó el timbre. Supo que Peggy, al otro lado de la puerta, estaba mirando por la

mirilla gran angular, pero no hizo gesto alguno. Peggy abrió la puerta, sonriendo… Bajó la mirada, y su sonrisa quedó congelada en los bonitos labios, su rostro quedó blanco como leche.

—No grites —susurró Brigitte—… ¡Por lo que más quieras, Peggy, no grites!

El grito quedó estrangulado en la garganta del ama de llaves de la espía más peligrosa del mundo. Ésta arrastró los dos cadáveres al interior del apartamento, y cerró la puerta. Se apoyó en ésta, y soltó un profundo y fortísimo suspiro. Su frente estaba reluciente por la leve transpiración.

—D-dios… m-m-mío… —gimió Peggy, mirando el chándal de Brigitte, manchado de sangre, salpicado.

Brigitte sacó la navaja del bolsillo de la chaqueta, y la dejó sobre el cadáver del hombre. Ni se molestó en decirle a Peggy que no tocara nada. No hacía falta. Se adentró en el apartamento, y segundos más tarde estaba en contacto telefónico con Pitzer, que, por fortuna, se hallaba en la floristería.

—¿Señor Pitzer? Soy Brigitte Montfort… ¿Está usted muy ocupado?

—Es usted muy amable. ¿Podría venir a mi apartamento cuanto antes? Se trata de un arreglo floral que he pensado para mi terraza, y quería consultarle…

—¡…!

—Sí, eso he dicho: un arreglo floral.

—¡…!

—Gracias, señor Pitzer. Le espero.

* * *

Hacia las dos de la tarde, Pitzer y Simón-Floristería entraron en el apartamento de Brigitte por segunda vez. En la primera, se habían llevado los cadáveres de Sheila Merrill y Robert Grundig, como habían resultado llamarse la pareja asesina. Ahora, deberían exponer el resultado de sus investigaciones a Brigitte, que esperaba fumando, olvidada completamente del almuerzo. Su excelente apetito se estaba deteriorando mucho en los últimos días. Los dos hombres se sentaron frente a Brigitte, y Pitzer se sirvió café.

—No va a ser nada fácil seguirles la pista, pero lo estamos

intentando. Hemos visitado al señor Davenport, del piso veintitrés, y le hemos convencido de que las personas que iban a visitarle eran unos estafadores a los que hemos conseguido atrapar, y que están detenidos. Usted no ha sido mencionada en ningún momento, de modo que si alguien le preguntase algo, sólo tiene que decir que ellos salieron del ascensor en el piso veintitrés, y que no sabe más. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—Bien. El señor Davenport dice que no conocía a esas dos personas. Simplemente, ellos le habían llamado por teléfono a primera hora de la mañana, diciéndole que deseaban comprar un apartamento en este edificio, y que habían pensado que él querría vender. Les dijo que no, pero ellos insistieron mucho, y le ofrecieron tal cantidad que el hombre no podía ni creerlo… Naturalmente, conoce usted al señor Davenport.

—Sí. Es un hombre ya mayor, muy amable.

—Tiene cerca de setenta años. Cuando oyó la cantidad que le ofrecían, aceptó la entrevista. Pensó que si vendía el apartamento a ese precio podría dejarles a sus hijos y nietos mucho más de lo que el apartamento valía realmente, y, de todos modos, él ya estaba cansado de vivir en el ajetreo de Nueva York, y podría retirarse al campo…

—Es decir, que lo escogieron bien.

—Desde luego. La persona que los envió ya la conocía a usted, y, al parecer, sabía bastante sobre otras personas del edificio.

—Lo que significa que no fueron los rusos —dijo Brigitte, con cierta mordacidad.

—No parece probable. Además, el sistema no es ruso, ni mucho menos. Si ellos supieran que usted es Baby habrían hecho las cosas de modo muy diferente. Empezando por el hecho de que, por poco que pudieran, habrían querido capturarla viva. Estos dos, simplemente, querían matarla, y luego llevársela en un coche alquilado…

—Un coche que dejaron en el estacionamiento del edificio, siempre diciendo que venían a visitar al señor Davenport. Luego, esperaron fuera a verme regresar del parque, se las arreglaron para meterse conmigo en el ascensor…, y en el mismo ascensor me habrían bajado al estacionamiento, me habrían metido en el coche,

y… la señorita. Montfort, simplemente, habría desaparecido.

—Así parece. El coche fue alquilado en una oficina de la Hertz en la Estación Central, con los nombres que constaban en sus documentaciones. Parece evidente que llegaron en tren a Nueva York a primerísima hora de la mañana; hemos enviado sus nombres a la Central y al FBI. Pronto sabremos algo.

—¿Se da cuenta? Uno y yo teníamos razón, tío Charlie: ni son rusos estos dos ni es ruso el hombre que mató a Heinrich Glemser, por muy incendiaria que fuese su bala. Ahora bien, todo esto indica creo yo que bien claramente que quien está dirigiendo el asunto sabe lo que están haciendo los rusos…, incluido el uso de balas incendiarias. Y a propósito de los rusos: ¿qué están haciendo?

—Ya no queda ni uno.

—¿No?

—Salvo los habituales, por así decirlo. Todo ha vuelto a lo que nosotros llamamos normalidad. La CIA captó el movimiento de retirada, pero prefirió no complicar las cosas. Se fueron, eso es todo.

—Esa parte del asunto me satisface.

—¿Qué sabemos de Número Uno? —preguntó Simón, muy serio en esta ocasión—. Está disponiendo de una gran cantidad de hombres que vamos a necesitar para investigar a esos dos que llegaron en tren…

—Uno está haciendo lo mismo que nosotros. Él busca al motorista rubio, que está vivo, y nosotros buscamos la pista de dos muertos. Yo diría que él tiene más probabilidades.

—Una pista basada en la matrícula de una motocicleta no es gran cosa —dijo Pitzer—. Sin contar con que pudo ser robada. Además, la matrícula era canadiense.

—Pero quien está buscando esa pista es Número Uno, y nosotros sabemos lo que eso significa. Además, no hace mucho nos demostró a todos de lo que era capaz en ese sentido.

—Bueno, no perdemos nada buscando —aceptó Pitzer—. Mientras tanto, y considerando el cariz que están tomando las cosas, lo mejor sería que usted se fuera… de vacaciones.

—No haré semejante cosa.

—Mmm… Sería conveniente.

Brigitte ladeó la cabeza, y entornó los párpados.

—¿Qué ocurre, tío Charlie?

—Esta mañana, precisamente no mucho antes de que usted me llamara, recibí una orden de la Central para usted: debe permanecer inactiva absolutamente hasta que reciba autorización para volver a prestar sus servicios. Vamos, Brigitte, sea razonable…

—¿Razonable? ¡Esto es cosa del general Godliman!

—Es posible, pero ¿qué importa? El general Godliman no es peor que los demás, que se están encariñando con la idea de aplastar a Rusia. Usted tiene que comprender lo que eso significaría para Estados Unidos.

—Sé también lo que significaría para el mundo.

—Estoy de acuerdo con usted. En lo personal, la apoyo. Pero nosotros no podemos hacer nada. Ni siquiera usted, y lo sabe perfectamente. En una situación de privilegio como la presente, Estados Unidos no va a vacilar, no importa lo que diga usted y otras personas como usted o como yo. No podemos hacer nada…, pero mientras tanto, a usted la quieren matar. Debería tomarse esas vacaciones. En cuanto a nosotros, tenemos mucho trabajo sólo buscando a esos dos asesinos. Habrá que preguntar en la Estación Central si alguien los vio, averiguar qué tren los trajo a Nueva York, dónde lo tomaron, preguntar allá… ¡Es una labor de chinos! Y usted no puede ayudarnos, so pena de ponerse en evidencia… y quedar a tiro de un nuevo intento de asesinato.

Brigitte suspiró profundamente. El teléfono sonó en aquel momento, y Peggy atendió la llamada, pero enseguida miró a Brigitte, que comprendió y se acercó, tomando el auricular.

—Dime, mi amor.

—¿…?

—Estupendamente, todo va bien por aquí. ¿Cómo van tus gestiones?

—Bueno, paciencia. Sé que no vas a desanimarte. De todos modos, recuerda el plazo que fijamos. ¿Cuándo volverás a llamar?

—Oh, vamos, no seas exagerado. ¡No tienes por qué llamarme tan a menudo mientras das vueltas lejos de Nueva York…!

—Como quieras. Hasta luego, entonces.

Brigitte colgó, y volvió a sentarse en el centro del sofá, según su costumbre. Pitzer y Simón la miraban atentamente. Por fin, Pitzer murmuró:

—Parece que tampoco Número Uno lo tiene fácil.

Brigitte no contestó. Tomó un cigarrillo, y lo encendió, parsimoniosamente, con la mirada perdida. Era como si Pitzer y Simón no estuvieran allí. Éstos cambiaron una mirada, entre esperanzados y alarmados. Esperanzados porque conocían aquel gesto, aquella expresión reflexiva de la divina espía, que podía llevarla a inesperadas conclusiones y reflexiones. Alarmados, porque Baby era capaz de cualquier acción que les pondría los pelos de punta…

De pronto, Brigitte miró a Pitzer, y sonrió.

—¿Sabe una cosa, tío Charlie?: ¡tiene usted razón!

—¿En qué?

—En lo de las vacaciones.

Pitzer y Simón quedaron estupefactos, pero reaccionaron rápidamente, con visible alivio.

—¿Quiere decir que se va de vacaciones? —exclamó Simón.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, cuando empezó todo esto yo estaba de vacaciones con Número Uno en mi cabaña del lago, ¿no es cierto? Y ustedes vinieron a interrumpirlas. Es decir, vino usted, tío Charlie.

—Sí, claro. El asunto…

—El asunto por el que usted vino a buscarme, ya está resuelto. ¿O no?

—Pues… sí. Sí, desde luego. Los rusos se han marchado, tenemos el documento Andreiev, todo se ha calmado en lo que respecta al espionaje… Realmente, eso ya está listo.

—Pues me vuelvo a mi cabaña del lago. ¿Serán tan amables de comunicarlo así a la Central, por favor?

—¡Lo haremos con muchísimo gusto! —exclamo Simón.

Pero Pitzer frunció el ceño.

—¿Quiere decir que acepta esa orden de la Central? —deslizó lentamente.

—Bueno… ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Realmente, nada. Ya hizo su parte.

—Exacto: ya hice mi parte. Y allá estaré muy bien, muy tranquila. Lo necesito. Saldré para allá esta misma tarde. Enseguida.

—¡Cuánto me alegro, señorita! —exclamó Peggy, con gran alivio —. ¡Se lo diré al señor Uno cuando llame!

—Naturalmente, querida. Cuando Uno vuelva a llamar le dirás

exactamente esto: te espero en Cachemira.

—¿En…? ¡Pero si se va usted a la cabaña…!

—Es una frase convenida entre él y yo, tontina —rió Brigitte—. Él la entenderá. Tú dile solamente eso: te espero en Cachemira. ¿De acuerdo?

—Oh, sí… ¡Sí, sí!

—Eso significa que Número Uno abandonará la dirección de la búsqueda del motorista rubio —dijo Pitzer.

—Sólo cuando termine el plazo de cuarenta y ocho horas que convinimos anoche. Luego, se reunirá conmigo…, salvo que haya encontrado algún indicio que valga la pena de seguir rastreando.

—Pero usted no se moverá de allí —insistió Simón—: de su cabaña.

—No me moveré de allí, palabra de honor. ¡Es usted encantador al preocuparse tanto por mí, Simón!

—Bueno —sonrió éste—, si yo soy su Simón preferido, usted es mi espía preferida, así que me gustaría que… me durase mucho tiempo.

—A mí también me gustaría eso —rió Brigitte—. Bueno, voy a prepararme para marchar a la cabaña. Sobre todo, tío Charlie, no olvide comunicar a la Central que me dispongo a obedecer sus órdenes, que no se inquieten.

—Eso les va a sorprender mucho…, como me está sorprendiendo a mí —murmuró Pitzer.

—Ya sabe que soy la chica de las sorpresas, querido —rió de nuevo Brigitte—. ¡Bueno…! Ya me visitarán cuando sepan algo sobre el asunto del documento Andreiev. Caramba, se me está ocurriendo que si estalla de pronto esa guerrita nuclear, quizás a mí no me alcance, pues estaré lejos de cualquier objetivo atómico. Pero a lo peor llegan allá los residuos de la explosión de Nueva York, pongo por caso, y, si sobrevivo, quizá quede convertida en un monstruo… No sé si preferiría eso a morir, francamente.

Simón comenzó a sonreír. Pitzer miraba a Brigitte fijamente, fruncido el ceño. Y todavía tenía fruncido el ceño cuando, un minuto más tarde, descendía en el ascensor con su ayudante, que se mostraba no poco contento.

—¡Bueno, lo hemos conseguido, señor! —exclamó—. Hemos alejado a Baby de cualquier posible peligro futuro. Ella ha sido en

verdad inteligente al tomar esa decisión de irse de vacaciones.

Pitzer miró torvamente a su ayudante.

—Voy a pedir que me cambien el ayudante —dijo.

—¿Qué? —Se sobresaltó Simón—. Pero… ¿No está contento conmigo, señor?

—No. ¡Maldita sea, es usted un bobo! ¿Es que no ha comprendido que Brigitte está tramando algo por su cuenta…? ¡Después de todos estos años tratando con ella debería conocerla tan bien como yo!

—Pero señor… Ella ha dicho…

—¡Y qué demonios me importa a mí lo que ella haya dicho! —estalló Pitzer—. ¡Yo sé que ella está tramando algo, y basta! En cuanto a eso de que se va a su cabaña del lago… ¡Je! ¡Ya me gustaría verla allí!

—Po-podemos… seguirla…

—¿A quién? ¿A Baby?

—Bueno…

—Vamos a informar a la Central de que ella ha dicho que acepta eso de las vacaciones, y que se ha retirado a su cabaña del lago. ¡Pero me apuesto mil dólares a que no va allá!

Capítulo VII

Charles Alan Pitzer habría perdido mil dólares si la apuesta hubiera sido formulada en serio, porque aquella misma tarde, poco después de las seis y media, Brigitte Montfort llegó en automóvil a su cabaña.

Estacionó el vehículo donde tenía por costumbre, se apeó, dio unos pasos quedando encarada al lago, y abrió mucho los brazos, con movimiento gimnástico, proyectando el pecho hacia delante.

—¡Aaaah…! —exclamó alegremente—. ¡Esto es aire, y no lo que hay en Nueva York!

Por supuesto, no recibió respuesta alguna a su humorística y al mismo tiempo sentenciosa frase: la atmósfera allí era bien diferente a la de Nueva York, o a la de cualquier gran ciudad, sin duda alguna. Todo era paz, aire transparente, florecillas silvestres, grandes pinabetos… ¿Qué tenía de malo descansar…, posiblemente poco antes de que el mundo estallase?

Regresó junto al coche, sacó algunos paquetes con provisiones, y entró en la cabaña. Salió de ésta, cerró el maletero y las portezuelas del coche, y volvió a entrar. Se estaba divinamente allí. Y no era precisamente Cachemira…

Hacia las once de la noche Brigitte Montfort decidió acostarse. Había leído un rato, había cenado, había escuchado música… Se sentía tranquila, relajada. Se puso un encantador pijama azul celeste de pata de elefante, que hacía años tenía en la cabaña y del que no pensaba desprenderse hasta que se cayera a pedazos. Se acostó, apagó la luz, y segundos más tarde dormía profundamente.

El canto de los pajarillos la despertó. Abrió los ojos, miró hacia la ventana, y sonrió al ver en ella el resplandor del sol. Miró su relojito de pulsera. Eran las siete y media de la mañana. ¡Había dormido ocho horas seguidas, era formidable! Saltó de la cama, abrió la ventana completamente, y estuvo un par de minutos

oyendo, en el silencio insólito del exterior, el canto de los pajarillos. Hacía tiempo que tenía un proyecto al respecto: grabar el canto de aquellos pajarillos, y escucharlo cuando estuviese en Nueva York…

—¡Pues ha llegado el momento! —exclamó alegremente.

Buscó el pequeño magnetófono a pilas, se aseguró de que la carga estaba en condiciones, y, todavía en pijama, salió de la cabaña, en dirección al lago. Colocó estratégicamente el magnetófono junto a un pinabeto, lo puso en marcha, bien orientado hacia arriba el micrófono, y continuó en dirección al lago. Se quitó el pijama, y, completamente desnuda, se metió en el agua, lanzando graciosos resoplidos…

—¡Zambomba, como diría Frankie…! —exclamó—. ¡Qué fría está!

El sol ponía destellos de cristal y oro en sus pechos, en su vientre, en sus hermosos hombros…

* * *

Desde la otra orilla del pequeño lago se la podía ver muy bien con prismáticos. Toda la belleza de la divina espía quedaba como concentrada en el doble círculo óptico. El hombre que sostenía los prismáticos ya los tenía bien graduados para aquella distancia, de modo que no tuvo que hacer más que mirar. De su boca delgada y dura brotó una exclamación contenida.

—¡Es magnífica…! Lástima que…

Era un hombre alto, atlético, rubio, vestido con unos pantalones tejanos y una cazadora de piel. Cerca de él había una poderosa motocicleta, y sobre ésta un casco protector. En el sillín auxiliar, una caja de madera barnizada.

Durante un minuto, el hombre estuvo mirando a Brigitte. Por fin, de mala gana, dejó de dedicarse a tan bello espectáculo, y se acercó a la motocicleta. Guardó los prismáticos en una bolsa de lona, abrió la caja de madera barnizada, y sacó el potente y preciso rifle con mira telescópica, desmontado. En el silencio de la mañana se fueron oyendo los secos «clac» del arma al ser encajadas sus piezas. Terminado esto, el hombre se puso el casco, se sentó en el sillín, se aseguró de que el rifle no caería, y apretó el botón del encendido. La poderosa máquina rugió apenas, y se lanzó hacia

delante. Todavía, ahora a simple vista, el hombre rubio pudo ver un par de veces a Brigitte Montfort, como un estallido de vida, en la orilla del lago. La próxima vez que pudo ver aquella parte del lago por entre los pinabetos, ella ya no estaba allí.

Muy bien.

No importaba. Sabía que volvería a salir de la cabaña.

Tardó muy poco en encontrar el lugar adecuado. La distancia hasta la cabaña era de unos quinientos metros. La cabaña apenas se veía, entre los árboles, pero sí la pequeña explanada que había delante, y el coche. De la señorita Montfort ya no había rastro alguno. El rubio motorista se quitó el casco, se sentó con las piernas cruzadas entre unas matas, con el rifle sobre las rodillas y los prismáticos junto a él, y se dispuso a esperar.

No tuvo que esperar ni siquiera veinte minutos. La señorita Montfort apareció en su campo visual, caminando de nuevo hacia la orilla del lago, ahora completamente vestida. El rubio la vio llegar junto a un pinabeto, inclinarse, y recoger algo… Perfecto. Si la veía a simple vista, la vería mucho mejor con la lente telescópica del rifle. Así que tomó éste de sobre sus rodillas, se lo encajó en el hombro derecho, y miró por la mira telescópica…

Una sombra pasó por el visor. El rifle fue alzado, sin brusquedad, pero firmemente. El rubio respingó, enderezó la cabeza, y la alzó y giró hacia su derecha. Allá arriba vio el rostro conocido del gigante del helicóptero, ahora en un primerísimo plano: los ojos negros, los cabellos color cobre, la boca de duro pliegue… Todo esto en una fracción de segundo, durante la cual persistía su sobresalto ante lo inesperado.

Cuando quiso reaccionar ya no tuvo tiempo de nada. La rodilla derecha de Número Uno impacto con escalofriante fuerza en su rostro, partiéndole la nariz y derribándolo de espaldas, mientras el rifle quedaba en las manos del agresor. El rubio giró sobre sí mismo, se puso a cuatro patas, y sacudió la cabeza, lanzando manchurrones de sangre a todos lados desde su reventada nariz. Maldiciendo y gimiendo su dolor, se puso de rodillas, y su turbia mirada buscó al enemigo…, que apareció ante él, con el rifle alzado, la culata dirigida hacia el rubio.

¡Clock!, crujió la frente de éste, cuando la culata golpeó allí con medida fuerza.

El rubio volvió a caer hacia atrás, ahora con los ojos cerrados, y ya no se movió.

Número Uno sacó la pequeña radio de bolsillo, y la accionó.

—¿Sí, mi amor? —Sonó la voz de Brigitte en el aparato.

—Ya lo tengo.

—El desayuno está preparado.

Uno cerró la radio, la guardó, y recogió las cosas del motorista rubio, colocándolas en el sillín auxiliar. Luego, agarró al rubio, lo colocó cruzado ante el sillín del piloto, y éste fue ocupado por él. Apretó el botón del encendido, y la motocicleta zumbó suavemente.

La presa había sido cobrada.

Cuando un minuto más tarde Número Uno entró en la cabaña, Brigitte, que estaba terminando de poner la pequeña mesa, en cuyo centro había un gracioso búcaro con algunas flores silvestres, lo miró alegremente.

—Buenos días, mi amor. ¿Cómo has dormido ahí fuera esta noche?

Uno se acercó, la abrazó por la cintura, y la besó en los labios, hondamente. Ella se colgó de su cuello, y correspondió al beso cumplidamente. Por fin, ya faltándole el aire, separó su boca de la de Número Uno, y suspiró.

Número Uno dijo:

—Huele muy bien —y con un gesto de cabeza señaló la mesa.

—¡Esto te demostrará que no soy tan mala cocinera como dices siempre!

—Un desayuno es fácil de preparar.

—¡Cualquier día voy a decidirme a tomar clases de cocina, para demostrarte de lo que soy capaz!

—No estaría de más. Pero cocinar es un arte, no una obligación. De todos modos, huele muy bien, y yo tengo apetito. Has debido de pasar un frío tremendo bañándote desnuda.

Brigitte rió dulcemente.

—Lo hice para que me vieras, y quedases compensado de la fría noche que habrás tenido que soportar ahí fuera.

—También te vio el motorista rubio.

—¡Ah! ¿El mismo de Canadá?

—Sí.

—Vaya… Bueno, le esperan malos ratos a ese pobre motorista,

de modo que al menos habrá tenido un buen principio de día… ¿Ha venido solo?

—Que yo sepa, sí. Su rifle es muy bueno. Lo dejaremos escondido por aquí, por si en alguna ocasión lo necesitamos.

—¡Buena idea!

Número Uno salió de la cabaña, y regresó arrastrando al motorista, que un minuto más tarde estaba sentado a una silla y atado sólidamente a ésta, todavía desvanecido, sangrando por la nariz.

Uno se sentó a la mesa, y paseó lentamente la mirada por el apetitoso desayuno.

—¡Bueno…! Vamos a ver si el gusto de todo esto corresponde al aspecto. ¿Has dormido bien?

—Como una niña. ¡Sabía que tú estabas rondando afuera!

—Te lo advierto —dijo Uno, acercando la fuente de huevos con jamón y tomates fritos—: es la última vez que acepto el juego de Cachemira.

—¡Pero si ha sido muy fácil! —protestó Brigitte.

—Es posible. Pero ese truco cada día me gusta menos, así que se va a terminar. ¡No quiero que vuelvas a servir de cebo para nada!

—¡Si hubieras visto la cara que puso Peggy cuando le dije que te dijera que te esperaba en Cachemira! —rió Brigitte—. Claro que ella no sabe que es una frase convenida entre nosotros para que me protejas mientras yo sirvo de cebo… ¡Y no me lo reproches más, ya has visto que ha dado resultado!

—Esto está riquísimo —masculló Número Uno.

—¡¿De verdad?! —exclamó Brigitte—. ¡Me pareció que el jamón se había quemado un poco!

—No. Está perfecto.

—¡Uno, te amo!

—Se acabó lo de Cachemira. ¡Y no me importa que haya salido bien una vez más! ¡Se acabó! Vaya, estos huevos están fritos a la perfección… Suculentos. ¿Crees que estamos tratando con un cretino… o varios cretinos?

—No —negó Brigitte—… ¿De verdad están en su punto?

—Sí. Mira, Brigitte, yo tampoco creo que estemos tratando con cretinos. Pero el hecho cierto es que saben quién eres y dónde encontrarte. Poco importa que hayan caído en la trampa de enviar

al rubio a por ti, con lo que nos han simplificado el trabajo de búsqueda: en lugar de buscarlo nosotros a él, él ha venido a por ti. Ya está hecho, no tratemos más del asunto. Pero ahora, ya veremos qué pasa… Francamente, preferiría cerveza en lugar de café.

—¡Oh, cielos! —exclamó Brigitte.

—¿No trajiste cerveza? —Frunció el ceño Número Uno.

—¡Claro que sí! Y yo también estaba deseando beberla…, pero me pareció una excentricidad vulgar, tan temprano. ¡Ahora mismo la traigo!

Fue al frigorífico, sacó dos latas de cerveza, y las llevó a la mesa. Número Uno abrió las dos latas, y le tendió una. Ambos bebieron un trago, a chorro puro.

—¡Está estupenda! —exclamó Brigitte.

—Te diré cómo veo yo las cosas: la persona o personas que han enviado al rubio están, por supuesto, bien introducidas en las altas esferas, incluso en la CIA. Desde luego, no creo que la CIA esté al corriente de que esa persona que ya te conoce hace tiempo haya decidido eliminarte, pero aunque lo supiesen…, ¿harían algo contra él, se lo impedirían?

—No lo sé. Pero nosotros sí podemos impedírselo.

—Eso por supuesto —dijo duramente Número Uno—. ¿Se te ocurre quién puede saber tanto sobre ti, incluida la situación de esta cabaña?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—He pensado en qué clase de personas podían haberse interesado tanto por mí, quién podía haberse dedicado a investigarme tan a fondo y disponiendo de tantos medios de información sobre mí… Y sobre todo, por qué ese interés por mí. Cabría pensar que alguien me investigó a fondo con anterioridad a todo esto quizá buscando… algo censurable en mi vida.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—No precipitemos las cosas. Al fin y al cabo, para saberlo con certeza sólo tenemos que preguntárselo al rubio… Por cierto, ¿cómo se llama?

Número Uno sacó una billetera de un bolsillo, y le echó un vistazo.

—Al parecer, se llama Aldous Talbot.

Brigitte sonrió, y alzó la lata de cerveza, mirando hacia detrás de Número Uno.

—¿Qué tal, señor Talbot? ¡Salud!

Uno se volvió, y vio al rubio, ya completamente recuperado, mirándolos con expresión atónita. Volvió a mirar a Brigitte.

—¿Ya hace rato que se ha recobrado? —preguntó.

—Sí. Y nos ha estado mirando como un pasmado… ¿Tiene apetito, señor Talbot? ¿Le apetece algo para desayunar? No se preocupe, hay para todos. ¿Cerveza, quizá?

El rubio asesino miraba fijamente a la señorita Montfort, y de cuando en cuando a la espalda de Número Uno, que parecía ignorar no ya su presencia, sino su existencia. Y de pronto, un profundo escalofrío recorrió la espalda del prisionero.

—¿Qué van a hacer conmigo? —susurró.

—Oh, tenemos tiempo para hablar de eso —rechazó Brigitte la pregunta—. De momento le estoy invitando a desayunar. ¿Quiere?

—No… No.

—Usted se lo pierde. ¡Para una vez que me salen las cosas bien…! Ah, mi amor, ¿sabes que por fin he grabado el canto de los pajarillos? —Miró a Número Uno.

—¿Te ha quedado bien? —se interesó Uno.

—Pues no sé, todavía no he pasado la cinta… ¡Voy a hacerlo ahora mismo!

La dinámica espía se puso de nuevo en pie, fue adonde había dejado el pequeño magnetófono, recogió la cinta, y la puso en marcha. Silencio.

Pero a los pocos segundos, comenzó a brotar del aparato el canto de los pajarillos…

—¡Lo he conseguido! —exclamó jubilosa Brigitte—. ¡Lo he conseguido, lo tengo!

—Se oye muy bien —asintió Uno.

Ella colocó el magnetófono sobre la mesita, y continuó desayunando, atenta a la deliciosa audición. Número Uno también guardó silencio. Más allá, el rubio Aldous Talbot iba mirando de uno a otra con expresión cada vez más tensa, atormentada. Seguía sintiendo aquel escalofrío desde los pies a la cabeza.

—¿Ves, mi amor? —dijo Brigitte, por entre cantos de pajarillos —. ¡Éste es el único modo que se debería permitir de encarcelar

pájaros!

—¿Qué quieres decir?

—Hay gente que tienen pajaritos en jaulas. ¡Eso es horrible! Les bastaría tener grabaciones como ésta, y dejar que los pájaros volasen libremente… ¡Es una crueldad tener animalitos como estos detrás de unos alambres, sin permitirles volar…! Se me está ocurriendo una idea sensacional: yo podría dedicar un artículo muy extenso en este sentido en el Morning News, pidiendo a la gente que no tenga pajaritos prisioneros…

—No te harían caso. Además, un artículo como ése no está dentro de tu línea habitual, me parece a mí. No veo qué puede tener que ver la política internacional con la libertad de los pájaros.

—Bueno…, por alguien se ha de comenzar a concederle la libertad, ¿no te parece?

—He oído decir que los pájaros cantan mejor en cautiverio.

—¡Tonterías! Ni los pájaros ni las personas somos mejores en cautiverio que en libertad… ¿Usted qué opina de esto, señor Talbot?

—Escuchen —jadeó éste—… Escuchen, no era nada personal por mi parte. Yo he cumplido órdenes… ¡Les diré quién me envió, se lo diré todo! ¡Todo!

—Pero hombre —se pasmó Brigitte—, ¿qué le pasa? ¡Parece como si estuviera asustado! ¿No le gustan los pajaritos?

—A lo peor —dijo Uno—, el señor Talbot es de los que se los comen fritos o en escabeche.

—¡No! —Abrió mucho los ojos Brigitte—. ¿Verdad que no, señor Talbot? ¡Por favor, no me diga que sí!

—Ya… ya les he dicho que les contaré todo lo que sé…

—Pero ¿se come usted los pajaritos?

—No… ¡Le juro que no!

—Ay, menos mal… ¡Me habría enfadado muchísimo con usted, señor Talbot! De todos modos, es usted una persona chocante: no come pajaritos, pero va por ahí asesinando gente… ¡Chocante en verdad!

—¡Sólo cumplía ordenes! ¡Y les repito que les diré todo lo que quieran saber! —Casi sudaba de angustia Aldous Talbot.

Número Uno ni siquiera le hizo caso, pero la señorita Montfort sonrió de un modo que puso los pelos de punta al prisionero, y dijo:

—Señor Talbot: es usted uno de los hombres más inteligentes que he conocido en mi vida. ¡Palabra de espía!

Capítulo VIII

—¿La CIA? —se sorprendió el comandante Rockshaw—. Pero no comprendo…

—Sólo le pedimos que nos acompañe unos minutos, comandante —dijo uno de los hombres.

Albert Rockshaw miró hacia el coche que había señalado el hombre. Lo había visto ante su casa, en las afueras de Washington, al regresar de la última sesión privadísima en el Pentágono. Dos hombres se habían acercado a él, se habían identificado como agentes de la CIA, y le habían pedido que los acompañara. Muy educadamente, pero con firmeza. Albert Rockshaw estaba cansado y asustado. Incluso aterrado por los últimos acontecimientos, por las conversaciones sostenidas a alto nivel en el Pentágono, bajo la dirección enérgica y autoritaria del general Augustus Godliman.

—Bien… No comprendo esto —murmuró—, pero supongo que debe de tener una explicación… razonable.

—Se convencerá usted pronto de ello, comandante —aseguró el hombre de la CIA—. Por favor, venga al coche.

Rockshaw miró de nuevo hacia el coche: grande, enorme, negro, evidentemente blindado…

—Es una cuestión de seguridad nacional, comandante —dijo el otro agente de la CIA.

Rockshaw aspiró hondo, asintió con un gesto, y comenzó a caminar hacia el coche. Uno de los agentes de la CIA le abrió la portezuela derecha de atrás, mientras el otro iba a colocarse ante el volante. Rockshaw entró en el coche…

Y enseguida, un denso escalofrío recorrió su cuerpo, al ver sentada en el centro del asiento de atrás a Brigitte Montfort. De momento sólo la vio a ella, pero fue suficiente para sentir aquel escalofrío…

—Pase, pase, comandante —le sonrió Brigitte—. Por favor,

siéntese ahí delante, ¿quiere?

Señaló una de las banquetas entre los asientos delanteros y el de atrás. Rockshaw se sentó en la banqueta, tras mirar brevemente al hombre de avanzada edad, calvo, de mirada penetrante, que le miraba inexpresivamente. Al quedar sentado, vio frente a él a Brigitte Montfort, bellísima. A la derecha de ella había un hombre que Albert Rockshaw conocía: Cavanagh, uno de los jefes más importantes de la CIA… A la izquierda de Brigitte, un sujeto desconocido para el comandante, pero que le encogió el corazón tan sólo al ver sus negros ojos fijos en él. Era un hombre impresionante, de cabellos color cobre, nariz aguileña, mentón saliente, sólido, todavía más inexpresivo que el hombrecillo sentado a su lado.

Se había oído el chasquido de dos portezuelas. El coche se puso en marcha. El hombrecillo calvo, y el de los ojos negros corrieron unas oscuras cortinillas. El resplandor del sol primaveral, ya hacia su ocaso, llegó desde la parte delantera del coche. Albert Rockshaw comenzó a sentir un leve deslizamiento de sudor en su frente. Se sentía agarrotado.

—¿Cómo está usted, comandante? —preguntó muy sonriente la señorita Montfort.

—Bien… Muy bien, gracias.

—Yo también, gracias —la sonrisa de Brigitte era sencillamente encantadora—… Y todo ello, pese a sus esfuerzos por eliminarme Eso ha estado muy mal. ¿Verdad, señor?

—Verdad —dijo Cavanagh.

Rockshaw metió un dedo dentro del cuello de su uniforme, y tiró, buscando más aire.

—No… no comprendo…

—Le diré tres nombres, comandante —dijo Brigitte—: Sheila Merrill, Robert Grundig y… Aldous Talbot. Su última ocupación consistía en el asesinato por encargo, así que imagínese nuestra sorpresa cuando finalmente hemos encontrado sus nombres en el fichero de antiguos miembros del servicio de información militar. ¿Los conocía usted, quizá?

—No… Claro que no.

—¿No? Vaya, qué decepción… Y digo esto porque el señor Talbot ha asegurado que sí los conocía usted. A los tres. Vamos, vamos, active su memoria… ¿Realmente no los conocía? Los tres

estuvieron en el servicio de información militar, los tres fueron… miembros sumamente útiles, precisamente por su valor, su audacia, su… insensibilidad ante el dolor ajeno. También tenemos gente así en la CIA, no vaya usted a creer… Gente a la que se le ordena cualquier cosa y la cumplen. Asesinos profesionales, o, mejor dicho, natos. Incluso en organismos más o menos… decentes resultan de utilidad gentes como ellos. ¿De verdad no los conocía?

—Bueno… No consigo recordar…

—Ah. Le ayudaré, comandante. Esas tres personas fueron las encargadas de eliminar a Heinrich Glemser en Canadá, esperándolo en el lugar exacto en el que Glemser iba a desembarcar, y luego siguiéndolo hasta donde unos muchachos de la CIA lo llevaron. Esperaron a que la parte de Glemser estuviera hecha, y entonces, ese magnífico tirador de élite llamado Talbot, lo mató con una bala incendiaría. Escapó a nuestra persecución, se reunió con Sheila Merrill y Robert Grundig, y regresaron a Estados Unidos, dispuestos a esperar nuevas órdenes… Y llegaron nuevas órdenes: asesinarme a mí. ¿Correcto, comandante?

—No, no, yo-yo… no sé… nada de eso…

—Lo sabe perfectamente, puesto que fue usted quien dio esas órdenes. Pero, naturalmente, asesorado y dirigido por otra persona. ¿Qué persona es esa, comandante?

—No, no —negó Rockshaw, ya sudando visiblemente—… ¡No sé de qué me está hablando!

—¿Está seguro?

—Sí… ¡Completamente seguro!

—Pues lo siento por usted.

Brigitte Montfort no dijo nada más. El coche seguía circulando, silencioso, potente. Nadie decía nada. Sentado junto a Albert Rockshaw, Charles Alan Pitzer sacó su pipa, y se la colocó entre los dientes. Cavanagh sacó un paquete de cigarrillos, y ofreció a Brigitte y a Número Uno, pero no a Rockshaw. Parecían haberse olvidado completamente de éste.

Los minutos fueron pasando. Dentro del coche, simplemente, se fumaba, apaciblemente, tranquilamente. Por fin, Rockshaw jadeó:

—¿Adónde vamos?

—A un lugar donde podremos someterlo a interrogatorio de un modo muy desagradable —dijo Brigitte, tranquila siempre—. Debo

decirle, comandante, que el señor Talbot fue mucho más inteligente que usted. No se dejó engañar por el canto de los pajarillos, y nos lo dijo todo sin darnos tiempo siquiera a sugerirle lo más mínimo sobre los malos ratos que le aguardaban. Sí, fue muy inteligente.

—¿Dónde… dónde está Talbot ahora…?

Brigitte señaló con un gesto a Número Uno.

—Uno lo mató, de un balazo al corazón, cuando nos hubo dicho todo lo que sabía. No se escandalizará usted, ¿verdad? Talbot era un asesino nato, que no sólo quiso matarme a mí, sino que sin duda había matado a otras personas y habría seguido matando muchas más. Pero tan sólo por el hecho de haber intentado matarme a mí, su sentencia estaba dictada. Número Uno —señaló de nuevo— no admite bromas ni arreglos en este sentido.

Albert Rockshaw estaba demudado, sudando ya copiosamente de angustia. Miró a Cavanagh, a Pitzer…, que estaban impasibles. Casi tanto como el impresionante, hermético Número Uno.

—Estamos llegando —dijo el agente de la CIA que conducía el coche.

—Gracias, Simón —dijo Brigitte—. Espero que todo estará preparado.

—Desde luego —dijo el otro agente, volviéndose—… Oiga, Baby: ¿nos dejará a nosotros encargarnos del comandante? ¡Se lo pedimos como un gran favor!

—Ya veremos. Quizá no haya lugar a que ustedes demuestren lo malos que pueden llegar a ser. En realidad, todo depende del comandante Rockshaw. ¿Qué dice usted, comandante?

—Soy… soy un comandante de… del Ejército de… de los Estados Unidos, y ustedes no… no tienen derecho a…

La carcajada de Brigitte Montfort, seca y fría, hizo enmudecer a Rockshaw. El coche se detuvo. El espía que iba al volante se volvió.

—Trayecto cumplido —dijo.

—Sea tan amable de apearse, comandante —dijo Brigitte.

Albert Rockshaw comenzó a percibir el violento temblor de sus piernas. El sudor se deslizaba ya a chorros por su rostro.

—¿Qué… qué es lo que quieren ustedes saber…?

—Ya se lo he preguntado antes: el nombre de la persona que le dirige y asesora. A decir verdad, creo saber ya el nombre de esa persona, pero quiero asegurarme. ¿De quién se trata?

Rockshaw sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente y el cuello.

—No puedo decirlo —jadeó—… ¡No puedo!

—Serénese. Ya verá como todo irá mejor para usted. Y no sólo nos dirá eso, sino que seguirá sereno para hacer algunas cosas que nosotros le indicaremos. ¿Alguna vez ha sido usted torturado, comandante?

—No… No.

—Me permito aconsejarle que evite esa experiencia. ¿Quién es la persona por la que le estamos preguntando?

* * *

El general Augustus Godliman llegó a su casa en la zona residencial casi a las diez de la noche. Metió el coche en el garaje, cerró éste, y pasó a la casa por la puerta de comunicación. Había visto luces encendidas cuando llegaba, y, en efecto, así estaban, pero no vio a su criado esperándole, como tenía por costumbre. Vagamente, pensó que debía de estar en la cocina, charlando con la cocinera, y que por eso no se había dado cuenta de su llegada.

Al pensar en la cocina, recordó de pronto que no había cenado, y sintió un súbito apetito. El día había sido terrible, de una tensión desconocida en el Pentágono, y no era Godliman el único que se había olvidado de la cena, y hasta del almuerzo. Pero bien estaba. Unas horas de descanso no le sentarían mal, tras una buena cena.

Se dirigió la cocina, cuya luz también estaba encendida, y entró, sonriente.

—Aunque ya es muy tarde…

No dijo nada más. Sólo palideció intensamente, y sus ojos quedaron fijos en Brigitte Montfort, que se hallaba sentada a la mesa de la cocina. Sobre ésta, Godliman vio, con rápida mirada, la botella de champaña, la copa, el cenicero, los cigarrillos, el encendedor de platino y brillantes…

—Buenas noches, general —saludó amablemente la señorita Montfort—… Parece usted muy cansado.

Godliman aspiró hondo y bruscamente.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó, con voz aguda.

—Digamos que he regresado de las tinieblas de la Muerte…, dispuesta a conversar unos minutos con usted. ¿Quiere una copa de

champaña? Ahora sí vale la pena brindar… Pero, por favor, siéntese, ahí, delante de mí. Espero que le guste muy frío.

Augustus Godliman volvió la cabeza hacia la puerta de la cocina que comunicaba con la casa, y luego hacia la otra puerta, la que comunicaba con el jardín de atrás.

—Estamos solos —dijo Brigitte—. La CIA me ha provisto siempre muy bien de armamento, eso no voy a negarlo. Entre otras cositas extraordinarias, dispongo de unas cápsulas de gas especial que pueden dormir a cualquiera durante cuarenta y ocho horas. Su criado y su cocinera lo están comprobando ahora. Puede asegurarse de ello mirando dentro del *office*, si quiere.

Godliman abrió la puerta de la despensa, y vio tendidos en el suelo a su criado y a su cocinera, durmiendo profundamente. Cerró la puerta, y fue a sentarse en el lugar indicado por Brigitte, que estaba escanciando champaña en dos copas.

—¿Qué significa esto?

—Bueno, empezando por mi presencia física evidente significa que sus órdenes para que yo fuese eliminada no han podido ser cumplidas, esto es obvio.

—¿Está usted loca?

—Me estuve preguntando quién podía saber tantas cosas sobre mí, general, y todo apuntó hacia usted cuando recordé nuestra… rivalidad hacia la presidencia. Me dije que era natural que usted hubiese investigado a fondo mi persona cuando mi… partido, el Women Totaldemocracy Party, presentó mi candidatura a la Casa Blanca. De este modo, usted supo de mí casi todo cuanto se podía saber…, incluso que tengo una simpática cabaña junto a cierto lago. Y por supuesto, dónde vivo en Nueva York, qué vecinos hay en el Crystal Building, con quién me relaciono, qué clase de personas son… Espero que en aquella investigación no encontrase usted contra mí nada realmente censurable.

—No —sonrió secamente Godliman—… No encontré nada.

—Menos mal. Dígame, general: ¿cómo supo que yo era Baby? Porque cuando me vio el otro día con peluca roja y lentes de contacto no me reconoció, ¿verdad?

—No sabía que usted es Baby… Ahora me entero.

—Claro que no, general. —Brigitte bebió un sorbito de champaña—. Mire, yo soy una persona sumamente inteligente,

cauta, astuta, prudente…, pero, como ser humano al fin, también cometo errores. Uno de ellos lo cometí el otro día, cuando al despedirnos le dije algo así como que usted no había escarmentado de enfrentarse a mí pese a nuestros dos enfrentamientos. Yo no di mayor importancia a esta frase, pero usted sacó conclusiones enseguida, y, como ya le recordaba vagamente a alguien, llegó a la verdad: Baby era Brigitte Montfort. Y decidió eliminarme…, lo cual me preocupó muchísimo. ¿Por qué había de querer eliminarme un general de los Estados Unidos?

—Eso es absurdo. Yo no…

—Espere, por favor, espere… Teóricamente, los dos estábamos en el mismo bando, pero usted se planteó enseguida dos problemas. Uno de ellos, que yo era capaz de cualquier cosa para evitar esa guerra demencial contra Rusia. El otro, considerando mi… prestigio más que reconocido y demostrado como espía, que quizá yo podía llegar a saber cosas demasiado… escondidas para el resto de los espías americanos. No cometió usted el error de considerarme tonta, de modo que decidió eliminarme. Es usted muy inteligente, general. Sin embargo, ni tan siquiera se aproximó a la verdad sobre mí…, sobre Baby.

—¿Qué verdad?

—Una verdad que mataría de un infarto a muchísimas personas si llegaran a saberla: yo, general, soy una agente doble, y mis mejores… servicios los he prestado siempre a Rusia.

Augustus Godliman pareció no entender; mas de pronto quedó lívido como un cadáver.

—¿Qué? —jadeó.

—Le parece imposible, ¿no es cierto?

—¡Claro que es imposible! ¡Todo su historial…!

—Tranquilícese. Y no diga estupideces. Los mejores historiales corresponden siempre a los mejores espías, a los más valiosos. Eso es lo lógico, ¿no le parece? De modo que el mío es perfecto. Sin embargo, desde hace más de diez años estoy sirviendo a Rusia con mucha más lealtad que a Estados Unidos. Esto, general, es una primicia que le ofrezco. Es la primera persona en saberlo en Estados Unidos. Y en Rusia lo saben apenas media docena.

—No puedo creerlo… ¡Es imposible!

—Allá usted, si no quiere creerlo, pero es la verdad. Una

verdad… sorprendente, lo admito. Pero una verdad. Y así las cosas, y tras mucho reflexionar, llegué a formularme la pregunta clave: ¿hay como compensación a mi traición personalidades importantísimas en Rusia que estén traicionando a ésta, en favor de Estados Unidos? Es una pregunta digna de toda atención, general… ¿Qué respuesta le daría usted?

—No sé… ¡No lo sé!

—Vamos, vamos… Me consta que usted también es muy inteligente. La pregunta en cuestión sólo admite una respuesta: sí, con toda lógica también habrá traidores de alto nivel en Rusia. Por ejemplo, en el Presidium…, o en la Comisión Especial para la Contraofensiva Nuclear. ¿Me comprende usted?

—No… ¡No!

—¿No? Pues ahí tiene el caso de Eugen Andreiev Raskolnikoff, sin ir más lejos. ¿No fue Andreiev un traidor a Rusia al traer a Estados Unidos su famoso documento que prueba la inexistencia de poderío nuclear auténtico en Rusia? ¿Eso no es ser traidor?

—Sí… Bueno, sí, pero…

—Pues bien, yo me dije que si Andreiev era un traidor, no tenía por qué ser único. Podía haber más, bastantes más. Digamos… seis traidores más. Extraordinarios traidores, general, porque a usted y a mí nos consta que mintieron en esa petición de armamento nuclear real al Presidium. Mintieron porque, sin la menor duda, ese armamento ruso existe. ¿O no?

—¡El documento Andreiev…!

—El documento Andreiev es la obra del propio Andreiev y seis de sus colegas vendidos, como él, a Estados Unidos. Andreiev era el que hacía los contactos con Heinrich Glemser, pero los otros seis estaban en la misma jugada. Y llegó el momento de realizarla. Ahora bien, Andreiev y sus camaradas traidores no estaban traicionando a Rusia pagados propiamente por la CIA o por Estados Unidos, sino… que esperaban otras compensaciones no directamente económicas. Así que redactaron el llamado documento Andreiev, lo firmaron con todos los visos de autenticidad que cualquiera pudiera exigir, y Andreiev escapó de Rusia con su maldito documento. Heinrich Glemser le ayudó a llegar a las Bermudas, y allá, tal como estaba previsto, lo mató, y él siguió hacia Canadá, donde se puso en contacto con la CIA. Pero mientras

tanto, usted sabía perfectamente dónde buscaría contacto Glemser, y ordenó a Talbot y otros dos que fueran allá, que esperaran que se produjera la reunión, esto es, que el documento pasara a manos de la CIA, y que entonces, y sólo entonces, mataran a Heinrich Glemser. Mientras tanto, la avalancha de agentes rusos que realmente y de buena fe perseguían a Andreiev, supieron de la muerte de éste, y desaparecieron de Estados Unidos, tranquilizados. ¿Por qué? Pues porque lo que ellos temían era que Andreiev, cuya fuga, naturalmente, ya había sido detectada en Rusia, dijera algo especial a los americanos…, posiblemente, una información referida al cada vez más nutrido armamento nuclear soviético. De ahí tantos rusos buscando a Andreiev. Muerto éste, los rusos se van. Tranquilos. Sin embargo, la… carga de veneno empieza a surtir sus efectos: el documento Andreiev ya está en manos americanas…, lo cual era precisamente lo que usted había planeado.

—¿Yo? —jadeó Godliman, palideciendo de nuevo.

—Evidentemente. Como le decía antes, Andreiev y sus seis camaradas traidores no rendían sus servicios a la CIA, y tampoco lo hacía así realmente Heinrich Glemser. No… Estas personas trabajaban en realidad para usted. Y por supuesto, para otras importantes personalidades de Estados Unidos que le están apoyando a usted, con el fin de colocarlo en la Casa Blanca. ¿De acuerdo?

—Está loca…

—No. Como máximo, soy muy imaginativa, incluso fantástica, pero no loca, general. Usted sabe muy bien que no tiene ninguna posibilidad de ser elegido presidente de Estados Unidos. Pero… ¿y si la situación mundial diese… un inesperado giro? ¿Y si bajo su mando estratégico Estados Unidos saliese triunfante de un enfrentamiento con Rusia? ¿O si la guerra persistiera después de iniciada tan enloquecidamente? En ese caso, en ambos casos… ¿quién mejor que el famoso e inteligente general Godliman para dirigir el país en todos sus aspectos… y especialmente en el militar, cosa muy digna de ser tenida en cuenta con una guerra de por medio? Así que sólo había que montar la guerra, aunque Rusia estuviese armada y bien armada, y, al final, supuesto que la ganaríamos nosotros… ¿quién le negaría a usted el sillón presidencial? Yo creo que nadie. Y usted también lo cree así. Por

eso, en entendimiento con Andreiev y sus amigos, idearon lo del documento, con el fin de que Estados Unidos se lanzase de cabeza a esa guerra…, que podía perder, aunque usted no lo cree así. Al final, Estados Unidos vencería, el mundo se habría… descongestionado de un exceso de población humana, y… usted dirigiría ese mundo desde Estados Unidos, desde la Casa Blanca. Usted y sus amigos de aquí, naturalmente. ¿Y qué pasaría con Rusia…? Pues que usted, como pago a los servicios de Andreiev y sus amigos, la pondría en manos de éstos. Ése era el precio. Rusia, convertida en poco más que una colonia norteamericana, sería regida por Andreiev, sus amigos, y, en la sombra, por Heinrich Glemser. Claro está que ni Andreiev ni Glemser sospecharon en ningún momento que usted tenía prevista y decidida su muerte, para que todo fuese verídico, creíble…, razonable. ¿No es eso, general? ¿No son estos sus planes y los de sus amigos de aquí? ¡Control total económico y militar del mundo, de una maldita vez! ¿No es cierto, general Godliman?

Augustus Godliman adelantó una mano, tomó la copa de champaña que Brigitte le había servido antes, y se la llevó temblorosamente a la boca.

Tras beber parte del líquido y verter otra parte sobre su barbilla y ropa, susurró:

—¿Qué… qué es lo que quiere usted?

—¿Qué me ofrece usted?

—No sé… ¡No sé qué puedo ofrecerle!

—Pues tenemos dificultades. En lo que a mí respecta, como es natural, debo avisar a Moscú de lo que sucede, a fin de que se preparen para la guerra total…, o de que sean ellos quienes la inicien, por sorpresa, lo que podría darles muchas probabilidades de un rápido triunfo…

—¡No puede hacer eso! ¡Tenemos que aniquilar a Rusia! ¡Usted es norteamericana, a fin de cuentas!

—Eso es lo que me tiene muy indecisa, precisamente. Ser norteamericana y saber que Rusia no está inerme, que no es un enemigo vencido, sino con toda su potencia. Ese enfrentamiento será terrible, por lo tanto, ¿no es cierto? ¡Morirá media Humanidad, o más!

—Sí, es cierto… ¡Pero nosotros venceremos al final!

—¿Al final de qué? —susurró Brigitte, lívida—. ¿De un holocausto de tres mil millones de personas? ¿De unas consecuencias imprevisibles de enfermedades y taras para los que queden vivos? ¿De un arrasamiento total de medios de vida en el planeta…? ¿Quiere usted decir… al final de todo eso, general? ¿Y todo para que usted sea presidente y, con sus amigos de aquí, sea el amo de todo?

—¿Qué más da lo que le pase a la gente? ¡Nosotros tenemos nuestros proyectos, y los cumpliremos! Y si usted fuese tan inteligente como asegura, se pondría de nuestra parte.

Brigitte Montfort se llevó de nuevo la copa de champaña a los labios, pero la mano le temblaba tanto que tuvo que desistir de beber.

Dejó la copa sobre la mesa.

—General Godliman: en las dos horas largas que usted ha tardado en llegar a su casa después de que nosotros la ocupamos, hemos instalado un servicio de escucha que llega hasta los dormitorios de arriba, donde varias personas lo han estado oyendo todo. Ahí —señaló una estantería— hemos instalado una cámara de televisión en circuito especial privado que ha enviado esta entrevista a cierto salón de la Casa Blanca, donde otras personas, con el señor Carter a la cabeza, no sólo han oído, sino que han visto. En estos momentos, la posibilidad de una agresión a Rusia ha sido totalmente descartada, de modo que no habrá guerra…, al menos de acuerdo a sus planes basados en el llamado «documento Andreiev». Este documento será enviado por mí personalmente a Moscú, para que los seis firmantes del documento reciban su merecido. En cuanto a sus amigos, pronto sabremos quiénes son, a fin de… retirarlos de la circulación. Usted nos lo dirá, y en cuanto nos lo haya dicho, será… delicada y artísticamente eliminado. Y yo, general, volveré a mi cabaña a escuchar el canto de los pájaros… mientras haya pájaros que escuchar. Esto es todo.

Godliman estaba como paralizado, pero de pronto se puso bruscamente en pie, mirando a Brigitte con ojos desorbitados por la furia y el odio.

—¡La voy a…!

La puerta de la cocina se abrió, y cuatro Simones entraron, demudados los rostros, y se hicieron cargo de Augustus Godliman,

sujetándolo fuertemente.

—Maldita sea —jadeó el general—… ¡Maldita mil veces!

—Ya saben lo que tienen que hacer con él —susurró Brigitte Baby Montfort—… Llévenselo…, o todavía voy a vomitar.

Godliman opuso todavía resistencia, pero un par de feroces golpes en el estómago lo dejaron colgando de los brazos de dos Simones, que lo sacaron de allí arrastrándolo.

Brigitte Montfort estuvo unos segundos inmóvil. Luego, se volvió hacia el objetivo oculto de la cámara de televisión.

—Quizá sería éste el momento de brindar —dijo con voz velada —, pero, francamente, no me viene de gusto, señor Presidente. Les deseo a todos ustedes una feliz noche… de profunda reflexión.

Este es el final

Despertó de pronto, suave, dulcemente.

Se quedó mirando el techo de troncos de la cabaña que tenía tonalidades de sol naciente.

Luego, muy despacio, giró en la estrecha cama, y se quedó mirando a Número Uno, que yacía a su lado, boca arriba, con las manos bajo la nuca, abiertos los ojos. Brigitte lo besó en la boca, y luego susurró:

—Buenos días, mi amor.

—Ssst.

—¿Qué pasa?

—Estoy oyendo el canto de los pájaros.

Brigitte sonrió, y se tendió de lado contra el pecho de Número Uno.

Cerró los ojos.

Afuera, en el lago y alrededores, todo era quietud y silencio…, excepto el excitado parloteo y cantos de los pajarillos acogiendo la llegada de un nuevo día de vida.

Seguramente, las aguas del lago estaban inmóviles, debían de parecer en aquellos momentos un gigantesco espejo anaranjado.

Con el rostro apoyado en el pecho de Número Uno, Brigitte oía los latidos del corazón del espía. Allá estaban, fuertes, retumbantes. Y también oía a los pájaros… Pensó que, en cualquier momento, todo esto podía desaparecer, dejar de existir, dejar de oírse, y se estremeció.

Número Uno deslizó una mano por su espalda, y murmuró:

—No te preocupes más: el peligro ha pasado…, por el momento.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Funeral por Baby*. < <

[2] Mc Gee, viejo amigo de Baby, es el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA, y ha proporcionado a Brigitte diversas armas y trucos de gran eficacia, muchos de ellos en verdad sorprendentes. < <

[3] El general Augustus Godliman es uno de los personajes secundarios en la aventura de Baby titulada *Brigitte* for President!!! < <

[4] De nuevo se hace referencia a la aventura titulada *Brigitte* for President!!! < <